

Ediciones Biblioteca Films
Presenta Serie Especial

Dennis O'KEEFE · Helen WALKER


Love
HAVOC



Editorial **ALFA**

★
Mi Novio ★
está
LOGO





MI NOVIO
ESTA LOCO



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO

Valencia, 254 - Teléfono 70657

BARCELONA

EDICIONES. BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAQUER

ADMINISTRACION Y REDACCION
APARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería
Barbanti, 10, Barcelona - Tercera, 4, Madrid

EDITORIAL
"ALAS"



AÑO XX

SERIE ESPECIAL
NUM. 114

NUM. 363

MI NOVIO ESTA LOCO

Desdichas de un joven a quien el capricho de un pariente
transforma en millonario; en tales condiciones y con
tales requisitos, que su novia, sus amigos y la
gente que le conocen creen que se ha vuelto
loco, cuando, en realidad pasa las de
Caín por tener que gastar un mil-
lón de dólares en el plazo de
dos meses para poder ga-
nar siete millones.



Distribuida por

Producciones Cinematográficas Rosa - Films, S. A.
Rambla de Cataluña, 62 - Barcelona

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Monty L. Brewster</i>	Dennis O'Keefe
<i>Peggy Gray</i>	Helen Walker
<i>Jackson</i>	Eddie "Rochester"
<i>Sra. Gray</i>	June Havoc
<i>Micki Michaelovich</i>	Mischa Auer
<i>Barbara Drwe</i>	Gail Patrick

Director:

Allan Dwan

Narración literaria por
Juan Planas

LA HERENCIA DE BREWSTER

Peggy Gray se acercó por centésima vez a la ventana, que en aquel momento Jackson, el criado negro, había acabado de limpiar con ayuda de unos desaforados gritos, que él creía una verdadera canción. La joven estaba tan nerviosa, como alegre Jackson.

—No hay señales de él todavía, señorita Peggy—dijo el criado—. Mire usted—agregó señalando al cristal—, ha quedado tan limpio que uno puede verse la cara en él.

—Yo no quiero verme la cara; quiero verle a él—protestó Peggy.

—No se preocupe, señorita Peggy—le replicó Jackson con cachaza—. Vendrá a paso ligero en cuanto huela lo que la madre de usted está guisando.

Jackson reanudó sus gritos; Peggy se trasladó al comedor, al que su madre daba los últimos toques, y preguntó qué hora era.

—Cinco minutos más tarde que cuando lo preguntaste la última vez.

—Pero, ¿es que no va a llegar nunca ese Monty?—gimió Peggy.

—Has estado esperándole dos años, de modo que puedes esperar unos pocos minutos más—respondió la señora Gray.

Peggy pasó por alto esta lección de sentido común y exclamó:

—Mamá, tú sabes que nuestro plan era casarnos tan pronto como fuese licenciado del Ejército. ¿Te sabe mal, pues, que nos casemos en seguida?

—¿Ante todo querrás almorzar, no es cierto, querida?—indagó la señora Gray, con una lógica que a Peggy se le antojó desagradable—. No es saludable el casarse con el estómago vacío.

Pero Peggy, nuevamente, pasó por alto aquella muestra de sensatez. No asistía a un curso de Lógica, sino que estaba sobre ascuas por saber cuál sería la salud de Monty, su novio, y por una serie de cosas semejantes, tales como si su cuarto, el de Monty, estaba arreglado, si ella tenía buen aspecto, etc.

En aquel instante se detuvo un taxi ante la puerta de la casa. Jackson lanzó un alarido de aviso, Peggy se precipitó a la ventana, la señora Gray farfuleó una porción de consejos, que, como tales, no fueron seguidos... y todos los habitantes de la casa volaron hacia la entrada.

Monty, un joven alto, rubio y de buena figura, dejó a sus dos compinches, Hacky y Nopper, el cuidado de pagar el taxi y salvó de un salto los escalones que le separaban de las personas que le aguardaban en la cima de la escalera. Hubo una confusión de abrazos, gritos y lágrimas, Monty no se apartaba de Peggy. Nopper, por consiguiente, hubo de encargarse de volverle a la realidad.

—¡Eh! ¿Nos recuerdas a nosotros?

Monty, atontado aún por la felicidad, hizo las presentaciones:

—Que lo creas o no, ese pimpollo es la madre de Peggy. Estos son mis compañeros: el soldado Nopper Harrison y el cabo Hacky Smith.

Los dos hombretones trituraron las manos que se les ofrecían con una cordial sonrisa. Finalmente, después de entusiásticas palabras de afecto y de curiosidad, la señora Gray recobró la sangre fría.

—Después de tan largo viaje, deben de estar hambrientos. Pero tendrán que hacer penitencia.

—¡Oh, no os dejéis engañar!—afirmó Monty—. Es la mejor cocinera que existe en el mundo. Siempre guisa cantidad suficiente para alimentar a una división.

La señora Gray creyó deber suyo ruborizarse, hecho lo cual indicó que entrasen en la casa. Un verdadero alud de apetitosos aromas salió a recibirles en el vestibulo. Los tres recién llegados entraron en éxtasis. Pasada la emoción, Hacky tuvo una horrible sospecha:

—No debimos haber venido. No queremos ser unos intrusos.

—¿Intrusos?—protestó la señora Gray—. ¡Nada de eso! En lugar de un muchacho, tengo ahora tres.

Hacky y Nopper dieron señales de gran alivio. Peggy los contempló divertida y dijo:

—Son ustedes tal como los describió Monty.

—Supongo que eso no nos perjudicará—rugió, en broma, Nopper.

Hacky no podía despegar los ojos de la bella novia de su amigo y, por último, confesó lo que atormentaba su cerebro:

—No sé por qué Monty nos dijo que usted tenía poca talla, era gordita y que llevaba gafas de concha.

Peggy se encaró acusadora con Monty, y éste se echó a reír, asegurando a Hacky:

—Por hablar así, dormirás en el suelo—y añadió para la señora Gray—: Oye, mamá, ¿tienes inconveniente en que los muchachos se queden aquí hasta que resuelvan el asunto del hospedaje?

—Pero no necesitarán compartir tu habitación—contestó, sonriendo, la señora Gray—. Tenemos muchas camas. Mis dos huéspedes se marcharon al trasladarse el equipo de Defensa a Jersey, así que, como veis, todo queda arreglado.

El arreglo fue del agrado de los presentes, y la señora Gray remolcó a los amigos de Monty a las habitaciones superiores, envuelta en una nube de frases de agradecimiento y de bendiciones.

Peggy y su prometido iban a exclamar el «¡Al fin solos!», cuando Jackson, cuyos dientes deslumbraban al sonreír de placer, avanzó con los brazos abiertos hacia el joven, exclamando:

—¡Cuánto me alegró de volver a verle todo de una pieza!

Monty correspondió al abrazo y luego alejó al negro de sí, diciendo:

—Me enteré de que usted estaba en la Armada.

—También se enteraron los japoneses—explicó Jackson—y en vista de ello hubo más «hara-kiris» y cortes de pescuezo en un día que en todo lo que va de siglo.

—En el sur del Pacífico, ¿eh?—barruntó Monty.

—Saipan...—aclaró Jackson, satisfecho—. Primero me cargaron de plomo para asegurarse de que me hundiría en el caso de que el buque desapareciera debajo de mis pies. Me hundieron cuatro veces, pero no me quedé en el fondo porque había demasiada humedad.

Comprendiendo el discreto criado que la pareja ansiaba la soledad, se marchó a poco. Monty y Peggy ocuparon un sofá del vestíbulo y se entregaron a la difícil, pero grata, tarea de aceptar el hecho de que, tras dos años de separación, se hallaban al fin juntos. Les costó bastante rato poder enhebrar una conversación congruente, después de lo cual el tiempo voló más rápido de lo que Cronos permite.

La señora Gray, horas después, se encargó de hacerles regresar del país del amor a esta pícara tierra, anunciando que era el momento más indicado para tomar un combinado. En la escalera sonó ruido de pasos precipitados, y Hacky y Nopper aparecieron triunfalmente en el vestíbulo. Monty lanzó un grito de espanto.

—¿Eh? ¿Qué estáis haciendo metidos en mis ropas, polillas?

Hacky y Nopper habían tomado, en efecto, el armario de su amigo al asalto. Ambos se pavonearon ante los espectadores de su transformación, y Nopper, con un ademán de suma condescendencia, aseguró:

—No te preocupes. Hemos dejado uno de tus trajes para ti.

—Gracias.

—No creía que pudiese verme de nuevo vestido de paisano—suspiró Hacky.

—Vas vestido de paisano, pero no bien—corrigió Monty, Jackson, que llegaba con los combinados, gritó:

—«Vestido de paisano»... ¡Eso es una corazonada! Tómala parte en la octava carrera de hoy en Belmont.

Depositó la bandeja en una mesita y apuntó aquel nombre en un papel. Sus palabras despertaron el interés del corpulento Hacky.

—Carreras de caballos—murmuró—. ¿Siente afición por ellas, Jackson?

—Sólo hago apuestas mentalmente de vez en cuando—fué la respuesta.

—¿Y acierta muchas veces?—preguntó Nopper con interés.

—Mi «mollera» no funciona bien—declaró Jackson desalentado.

Acogieron esta contestación con suma hilaridad, y a continuación brindaron por sus futuros éxitos. En verdad, el porvenir no era muy halagüeño: contaban exclusivamente con ilusiones. Hacky deseaba comprar un taxi; Nopper, volver a la Bolsa, y Monty, encontrar ocupación como delineante en las oficinas de un arquitecto. Faltaba únicamente que la realidad correspondiese a sus esperanzas.

El sonido del timbre interrumpió uno de los frecuentes viajes que Jackson realizaba entre el comedor y la sala. Abrió la puerta y un hombrecillo de aire misterioso, que usaba hongo, colóse en la casa, preguntando por el señor Montague L. Brewster. Despertóse la suspicacia del negro, que preguntó:

—¿Puedo saber qué clase de negocio se lleva usted con el señor Brewster?

—Yo quisiera hablar con el señor Brewster personalmente.

La llegada del hombrecillo del hongo había llamado la atención de los ocupantes de la casa. Por consiguiente, al oír la petición del recién llegado, Monty acudió a contestarle.

Por toda respuesta, el hombrecillo sacó un papel y disparó una infinidad de preguntas a Monty respecto a su edad, nombre de su madre, etc. Peggy y los demás, intrigados por aquel interrogatorio, buscaban una explicación al mismo. Pero fué Monty quien exclamó aterrorizado:

—¡Me han alistado otra vez!

Inmediatamente, su novia y sus amigos salieron en su defensa chillando al unísono que era criminal llevarse a un hombre acabadito de licenciar. Mas el intruso cortó el alboroto con un gesto de súplica.

—Yo soy el representante de los abogados Grant y Ripley.

—Tal vez los nazis le han denunciado por asalto y agresión—sugirió Jackson.

Esta vez, el hombrecillo demostró su impaciencia con un ademán:

—Señor Brewster, yo he venido solamente para comprobar su identidad. Si usted es Montague L. Brewster, es posible que pronto se entere de algo de gran interés para usted.

Y se metió muy decidido sus notas en el bolsillo. Monty balbució:

—¿Y de qué voy a enterarme que sea de tanto interés?

—Tal vez se entere, y observe que digo tal vez, de que usted es el heredero de una gran fortuna. Al menos, un millón. Puede esperar tener noticias nuestras dentro de algunos días.

Y depositando una tarjeta en la mano que encontró más cerca, el hombrecillo desapareció. Miráronse todos consternados. De pronto, Monty se volvió hacia sus amigos rugiendo:

—¡Eh! ¿Quién de vosotros ha preparado esta guasa?

Excusáronse todos con fervientes muestras de sinceridad. Pero Monty no se acostumbraba, mejor dicho, no digería la idea de ser heredero. Era muy extraño, tan repentino...

—No conozco a nadie que pueda legarme ni diez dólares —exclamó desplomándose en un sofá y dejando la tarjeta sobre una mesita—. Y mucho menos un millón.

—Pero, Monty, ¿y si fuese verdad? —preguntó Peggy.

—Sí, suponte que eres realmente millonario... —añadió Nopper.

Y uno tras otro fueron agregando pruebas de que aquello cabía en lo posible. La tarjeta, grabada en relieve, podía ser una prueba... Poco a poco, apoderóse de Monty una gran fe en que él podía ser heredero de un millón. Se precipitó sobre Jackson, que tenía la tarjeta, leyó ésta y lanzó un grito. Ya estaba convencido.

—Todos tenéis parte en esto. Vamos a permanecer juntos —jadeó—. Hacky, voy a comprar una flota de taxis que servirá a toda la ciudad. Nopper, tú y yo vamos a abrir nuestra propia oficina de agentes...

Y así, sucesivamente, entregándose a los más ambiciosos sueños, prometió lo que ansiaban a los seres queridos, los cuales acogían sus palabras con estentóreos gritos, olvidados de la comida que les aguardaba sobre la mesa del comedor.

Mas los días, ¡ay!, transcurrieron sin que los abogados comunicaran el ansiado aviso. Los habitantes de la casa de la señora Gray se turnaban al pie del teléfono. Aquella precaución no sirvió de nada. Y así llegaron al sábado, día en que Monty y Jackson contemplaban con religiosa atención el aparato telefónico. Monty, no hay que decirlo, estaba desesperado. Hasta la maravillosa pata de conejo, talismán que Jackson usaba sin duelo, había fallado.

—Bueno, los pocos días han pasado—masculló el joven—. No comprendo por qué no hemos tenido noticia alguna.

Sonó el timbre del teléfono y los dos hombres tropezaron al cogerlo. Jackson meneó sobre el aparato la pata de conejo y descolgólo. Era una llamada equivocada.

—Vamos, conejito, cumple tu obligación—se amoscó el negro—. Es inútil, señor Brewster. Estoy haciendo todo lo que puedo; pero uno no puede hacer nacer una voz del teléfono.

—Basta de bromas, por favor, Jackson—dijo malhumorado Monty—. Estoy nervioso.

—No es usted solo, y no gasto bromas—replicó el negro.

—Sí, pero yo he aplazado mi boda, y traigo mala suerte aplazar una boda—gimió Monty.

—No hay tal cosa si se aplaza indefinidamente—declaró sagazmente Jackson.

—Llame usted al señor Grant—ordenó Monty—. Llámeme a la oficina.

El negro meneó la cabeza y consultó sus notas.

—Es inútil; le llamamos ocho veces el jueves—explicó Jackson—, dieciocho el viernes, y esta mañana le hemos llamado veinticinco.

—Bueno, pues prueba la veintiséis.

—Nos va a decir lo de siempre: «Todavía no hay noticias. Les llamaré en cuanto las tenga.»

Tintineó el timbre del teléfono. Nueva lucha por él y nueva equivocación de la telefonista. Jackson lanzó una mirada asesina a su talismán y gruñó:

—Conejito, debes de tener pies de atleta.

Los paseos de Monty fueron interrumpidos por la entrada de Peggy, abrumada por una cantidad inverosímil de cajas de cartón: su equipo de novia. A la vista de aquello, Monty sintió que la carne se le ponía de gallina.

—Oye—exclamó—, no has dejado aún tu empleo, ¿eh?

—No, todavía no—contestó Peggy.

Y viendo su alivio, agregó:

—¿Por qué? ¿Hay algo nuevo?

—No, nada—dijo Monty secamente.

—¿Qué pasará si no llama?—preguntó la joven.

—Oye, Peggy—gritó Monty apartándose de ella—. Yo he sufrido más en estos tres últimos días que en toda la guerra. Creo que mi primer presentimiento era cierto. Todo ha sido una broma; de modo que tenemos que aguantarla. Nada de millones y nada de la boda en la iglesia. Estoy fastidiado.

Peggy, en lugar de desanimarse, le abrazó y dijo con una lógica que a Monty, desprovisto de sus millones, se le antojó muy femenina:

—Querido, no me he sentido nunca tan feliz como en estos últimos días.

—¿Por qué? ¿Pensando que yo era millonario?

—No. Porque te he tenido en casa. Ahora, olvídale. Siempre hemos estado sin un clavo. El dinero no lo es todo.

—Sí, pero todo es nada sin dinero—contestó Monty.

—Y olvídate del teléfono también. Si llama, ni siquiera vamos a contestar.

Pero esta determinación quedó en agua de borrajas al sonar el teléfono. Los tres combatieron por el aparato y Jackson se hizo con él. Se operó en él una transformación asombrosa al escuchar a quien había llamado. Se puso a temblar y sus labios se movían sin pronunciar palabras. Finalmente, como saliendo de un sueño, murmuró:

—El señor Grant le llama.

Monty se lanzó sobre el receptor y anunció al señor Grant que el señor Brewster estaba al habla, agitándose como una hoja sacudida por un huracán. El señor Grant, un hombre joven, se deshizo en excusas desde su despacho:

—Señor Brewster, supongo que este retraso no le habrá causado ninguna molestia; pero usted comprenderá que teníamos que comprobar enteramente su identidad y también esperábamos la llegada del señor Swearington Jones, de Bolivia. Es el albacea testamentario. Permitame que le felicite, señor Brewster. Acaba usted de heredar ocho millones de dólares...

La explicación del abogado fué interrumpida por un ruido pavoroso, que erizó su cabello. Fué algo parecido al choque de un cuerpo contra el suelo; seguido de un alarido femenino. Asustado, Grant exclamó:

—Oiga, señor Brewster...

—Lo siento, señor Grant: el señor Brewster acaba de salir —le contestó la perezosa voz de un negro.

Minutos más tarde, ya recobrado de su colapso, Monty sostenía una conferencia con Grant y el señor Jones, un simpático caballero de edad mediana. El joven repetía la cantidad heredada —ocho millones, limpios de impuestos—, como si fuera la única cosa que supiera decir.

—Eso es, amigo—le aclaró Jones—. Lo hizo todo en Bolivia. Era el rey del estaño.

—Yo creía que era un cazador de insectos o algo por el estilo.

—Un antropólogo—corrigió Jones sonriendo—. Estaba cavando en busca de un ejemplar Neardenthal y se encontró con el estaño. Jim era un gran hombre, no muy apegado a la familia, pero le gustaba gastar pequeñas bromas.

—¿Y este testamento será una de ellas?—sospechó Monty pensando en la extraña cláusula que contenía.

—No, no—aseguró Jones—. Trató sólo de ser prudente. El no quiso echar a perder a usted.

Monty se puso en pie de un salto y dió varias zancadas por la oficina antes de encararse con sus interlocutores.

—¿No quería echarme a perder?—repitió irónico—. Me dejó ocho millones de dólares con la condición de que haya gastado un millón al cumplir las treinta años, a las doce del mediodía.

—La teoría de su tío era perfectamente lógica—defendió Jones—. Verá usted. Cuando él era niño, su padre le hizo mascar un poco de tabaco. Se puso tan enfermo, que jamás en su vida

mascó tabaco de nuevo ni fumó. El quería que usted gastase hasta fastidiarse. Quería que usted aprendiese a odiar el gastar dinero.

—Vamos, vamos, señor Jones—se rió Monty—. Nadie puede aprender a odiar el gastar dinero.

—¿Cuándo cumple usted treinta años?—intervino Grant.

—El día 13 de octubre.

—Siento avisarle con tan poco tiempo, señor Brewster—le mentóse Jones, aunque con una mirada de malicia—, pero usted sabe que su tío falleció hace ocho meses, cuando usted se encontraba en Italia, y nosotros no podíamos ponernos en contacto con usted. Ahora, vamos a ver. Hoy estamos a 13 de agosto, de modo que dentro de dos meses, o sea el 13 de octubre, al mediodía, si usted ha gastado un millón de dólares y no tiene fondos, heredaré el resto de la fortuna de su tío.

Monty opinó que aquello era muy sencillo; pero pronto se dispuso su confianza. Había una serie de condiciones que, al parecer, convertían la agradable tarea de tirar el dinero a manos llenas en un verdadero trabajo de Hércules. Por ejemplo, sólo podía dar el cinco por ciento a beneficencia, no emplearlo en inversiones que le dieran ganancias, no pedir ayuda a sus amigos, pues el trato había de mantenerse secreto, para que no le estorbaran. En realidad, había estipuladas muchas más condiciones que Jones suplicó a Grant que pusiese en conocimiento del heredero.

Grant no se hizo repetir la indicación y leyó un montón de papeles de aspecto oficial que había sacado de un cajón.

—Nada de regalos ni de tirar el dinero sin ton ni son. Sin embargo, no sea tacaño. Su tío odiaba a un hombre tacaño. Nada de excesos llevando una vida relajada. Su tío no quería tampoco que usted fuese virtuoso. Gaste todo el dinero libremente, pero saque provecho por valor de lo gastado. Por encima de todo, nada de enredos matrimoniales.

Al llegar a esto, Monty, que había puesto mala cara a todas aquellas estúpidas condiciones, palideció y se puso en pie, anunciándoles que iba a casarse al día siguiente, a lo cual Jones dijo con gesto de severidad:

—Pues tendrá que aplazar su boda, Brewster. Una esposa podría convertirse en una propiedad de mucho valor.

—Bien, me ha gustado mucho tener ocho millones, aun cuando haya sido por tan pocos minutos—contestó Monty dirigiéndose hacia la puerta.

—Aguarde un momento, muchacho—le avisó Jones—. Si su novia no quiere esperar dos meses, no vale la pena de casarse con ella.

—¿Dos meses?—gritó Monty—. Ha estado esperando dos años. Eso es demasiado tiempo.

Jones sacó con ademán persuasivo un montón de billetes de Banco, que puso sobre la mesa. Billetes de mil pudo ver Monty. Ahora bien, si no aceptaba la herencia, aquel dinero y mucho más iría a parar a la Sociedad Antropológica de Bolivia. El sentido común habló en Monty, que, tomando de nuevo asiento, cogió un papel y un lápiz y calculó:

—Un millón de dólares en sesenta días, eso significa que debo gastar unos... unos dieciocho mil dólares diarios. Pero yo recibiré a razón de siete por uno, de modo que me resultarán unos ciento veinte mil diarios, o sea un beneficio de ciento dos mil... ¡Mi cabeza está dando vueltas! ¡No puedo!... ¡Lo haré!—gritó poniéndose en pie—. Yo gastaré seis veces más rápidamente. ¡Yo estaré casado dentro de treinta días!

Jones le estrechó la mano con calor, y lo mismo hizo Grant, mientras decía el primero:

—Así se habla, Brewster. Me parecía estar oyendo a su tío Jim cuando usted dijo eso—retiró los billetes de la mano de Monty—. Un momento, muchacho. Hay que prestar un pequeño juramento.

—¿Juramento?

—No es que desconfíe de usted; pero puede estimular su conciencia en el caso de que usted sienta desfallecimiento.

Entró un empleado con una Biblia y, con la mano puesta sobre ella, Brewster juró solemnemente cumplir toda y cada una de las condiciones del testamento de su tío y no comunicar a nadie ninguna de las disposiciones bajo las cuales heredaría los siete millones restantes el día de su cumpleaños.

Prestado este juramento, Jones le alargó el montón de billetes con estas palabras:

—Tome usted. Veinticinco mil. Será mejor que los cuente.

Y el resto del millón estará a su nombre en el Hudson Bay Bank. Aquí tiene el libro de cheques.

Los dedos de Monty temblaban de tal manera al cerrarse sobre los billetes, que muchos de ellos cayeron al suelo, de donde los recogió apresuradamente, metiéndoselos en el bolsillo como si fueran papeles sin valor alguno. Jones le contemplaba con una sonrisa divertida.

—Muchas gracias, señor.

—¡Enhorabuena!—le felicitó Jones.

Otro billete fué a parar al pavimento y, al inclinarse, la cabeza de Monty chocó contra el borde del escritorio; pero tal era su aturullamiento, que ni siquiera se percató del dolor. Limitóse a decir:

—Muchas gracias.

Y cogiendo el billete, añadió:

—Está caliente, ¿verdad?

Y sin esperar contestación, seguido de las risas del abogado y del albacea, abrió la puerta del despacho de un tirón y lanzóse en dirección a la calle.

EL DESDICHADO HOMBRE FELIZ

Al llegar a la casa de la señora Gray, Monty abandonó precipitadamente el taxi que le había llevado hasta allí, y subió de cuatro en cuatro los peldaños que conducían a la entrada. Pero le detuvo la voz del chofer avisándole que le adeudaba una gruesa suma. Monty bajó y echó mano al bolsillo. De repente, su rostro iluminóse.

—Oiga, ¿es propiedad de usted este coche?

—Me faltan dos plazos—respondió el chofer—. ¿Por qué?

—¿Quiere usted vendérmelo?... ¿Cuánto?

—¿Qué negocio le representa a usted un taxi?—preguntó el chofer.

—Voy a organizar una flota con ellos para un amigo mío —contestó Monty sacando uno de sus billetes de a mil.

—¿Esta «lechuga» es legítima? —se asombró el chofer.

—Y muy fresca por cierto. ¿Cuánto?

—¿Sería demasiado setecientos? —indagó tímidamente el chofer.

—Setecientos dólares... —empezó a decir Monty, pero luego se corrigió: —Usted no puede desprenderse de un automóvil precioso como éste por setecientos dólares solamente. Vamos a dejarlo en mil dólares redondos y déjeme un recibo por él en el volante. Aquí tiene cien más... Quiero su insignia.

Y desclavándosela de la solapa, se separó del asombrado conductor. Toda la animación de Monty desapareció al estar en la casa. Tenía que comunicar el aplazamiento de la boda a Peggy, y una mujer no es muy manejable en tales casos. Para colmo de los males, Peggy estaba en su alcoba probándose el traje de novia con la ayuda de su madre. Una vez estuvieron a solas, Monty se dispuso a comunicarle la noticia del aplazamiento y Peggy exclamó al notar la preocupada expresión de su novio:

—Monty, ¿ocurre algo malo?

—No, todo va sobre ruedas. El señor Jones y yo hemos hablado mucho. Es un hombre muy inteligente el señor Jones.

—¿De qué habéis hablado? —preguntó Peggy con suspicacia.

—De varias cosas en general, tales como la boda y propiedades. Querida, ¿sabes que eres una propiedad? —se interrumpió, cortado por la mirada de Peggy—. Cuando me miras de ese modo eres una propiedad congelada.

Pero las sospechas de Peggy se habían despertado y, al observarlo, Monty sintióse más aturdido aún e incapaz de hacer frente al problema de su boda. Como de todas formas había de solucionarlo, después de decir una serie de cosas sin pies ni cabeza, decidióse a referir a Peggy sus propósitos e invitó a su novia a que tomara asiento. La joven se negó y él exclamó, con las piernas temblorosas:

—Entonces, el que se sentará será yo. Vamos a hablar de la boda.

—¿Qué hay? —preguntó Peggy con aspereza.

—Pues que, según dijo el señor Jones, hay ciertas cosas que le ocurren a un hombre cuando hereda un millón de dólares.

—Eso estoy viendo —afirmó Peggy con la peor de las sospechas.

—Sí. Hay ciertas responsabilidades, ciertas disposiciones que uno tiene que... —se interrumpió azorado y la enlazó por la cintura—. ¡Oh, querida, no me mires de ese modo! Yo tengo ganas de casarme, lo mismo que tú.

Peggy se desasó de sus brazos y dijo con frialdad:

—Monty, creo que tu dinero ya te ha vuelto el cerebro al revés.

—¡Oh, no, no es eso! —gimió él persiguiéndola hacia la puerta.

—¿Tal vez querrias divertirte siendo soltero y con un millón de dólares?

Monty abrió los brazos con impotencia, desesperando de quedarse con la herencia y Peggy a la vez.

—¡Oh, no es justo que hables de esa forma! Sólo te pido un plazo de treinta días. No hay un solo Banco en el país que no me diere treinta días.

Al ver cómo acogía Peggy esta comparación, suplicó:

—Tienes que prestarme tu ayuda, Peggy, y tener confianza en mí... ¡Se me olvidaba! Siempre he deseado colocar un precioso anillo en el dedito más mono que hay en el mundo, y ¡aquí está!

Abrió un estuche y rutiló un espléndido diamante. Peggy, tanto por empezar a sentir compasión de Monty como por obra y gracia del anillo, perdió casi toda su animosidad y lanzó un grito de placer. Monty empezaba a respirar a sus anchas cuando Jackson le anunció desde el vestíbulo que le llamaban al teléfono.

El timbre del mismo y el precipitado descenso de Monty atrajeron a todos los habitantes de la casa, quienes de esta manera pudieron escuchar la inverosímil conversación que el joven sostuvo.

—Brewster al habla... ¿Qué es eso? No me importa. Quiero todo el pijo. Sí, por dos meses, empezando al instante... Está bien, le mandaré un cheque por veintidós mil dólares por la mañana.

Colgó el aparato con gesto triunfal. Hacky avanzó un paso y preguntó alerta:

—¿Qué es eso que compras por veintidós mil?

—Un apartamento real en el Weldon Towers. Tenemos tres habitaciones cada uno y el resto es para Peggy y mamá.

Peggy rechazó el ofrecimiento; pero Monty no pudo protestar por impedírselo el teléfono. Murmuró una excusa y habló por el aparato; mientras, los presentes aguzaban el oído.

—Sí, al habla... Está bien... Muy bien... Me quedaré con todo ello. Está bien... ¿Qué? ¿Veinte mil?... Bien, eso es muy barato, ¿no cree? Está bien; le enviaré el cheque por la mañana.

—¿Qué has comprado ahora por veinte mil?—inquirió Nopper en cuanto hubo cortado la comunicación.

—Toda la parte de arriba del Gotham Building.

Se quedaron boquiabiertos. El único en reaccionar fue Jackson.

—¿El poste de la bandera?—preguntó.

—No; el piso superior.

—Para dejar en él tu helicóptero, ¿no es eso?—burlóse Peggy.

—Es una magnífica idea — exclamó Monty para ocultar su aturdimiento—. Jackson, salga y cómpreme un helicóptero.

Jackson, sin embargo, creyó que se refería a un combinado y los demás participaron de esta creencia, pidiendo uno para sí a su gusto. Pero, sin darle descanso, volvieron inmediatamente a la carga, y Peggy se encargó de ello.

—¿Tienes inconveniente en decirnos qué es lo que pretendes hacer con todo el piso superior del Gotham Building? — quiso saber.

—Oficinas para Brewster y Compañía—contestó dándose importancia.

—¿Y quiénes son?—dijo Hacky.

—Ven acá, Hacky. Voy a enseñarte una cosa—lo llevó a la ventana—. ¿Ves aquel taxi? Pertenecer a Brewster y Compañía; es el primero de una gran flota y tú serás el almirante de ella.

—¿Estás bromeando?—dijo Hacky.

—No, no estoy bromeando. Y aquí tienes el primer mes de sueldo adelantado: cinco mil dólares. No te olvides de darme un recibo.

Hacky se quedó con los billetes en la mano, como si se hu-

blera convertido en una estatua. Nopper cambió una mirada con Peggy y su madre, después de lo cual dió unas palmadas a la cara de su amigo, diciéndole con toda la suavidad posible:

—Bueno, Monty, cálmate. Vamos a ver, muchacho, ¿qué es todo ese negocio de que hablas?

Aquí creció el apuro de Monty. Sabía lo que todos pensaban de él y lo peor era que debía seguir adelante con la farsa. Que le creyesen tonto o loco, qué más daba. La cuestión era ganar la herencia. A pesar de todo, contestó con cierta vacilación, porque no había tenido en cuenta que le podían formular aquella pregunta:

—Va a ser un negocio muy peculiar. No sé si puedo explicarlo en sus varias facetas; en realidad no puedo explicarlo, porque yo creo que vosotros no os lo podéis explicar... ¡Exacto!

Nopper se asombró de aquello, pero ayudó lealmente a su amigo.

—Una sociedad financiera, ¿verdad?

—Eso mismo, Nopper. ¡Exacto! Una sociedad financiera. Tú, Nopper, vas a ser vicepresidente, encargado de las finanzas. Ahí tienes el primer mes de sueldo adelantado: cinco mil dólares. Puedes darme el recibo luego.

No cabía duda; Monty se había vuelto loco. Cinco mil dólares eran mucho más de lo que ganaban durante un año. Adivinando lo que pensaban, Monty trató de escabullirse y ordenó a Nopper y a Hacky que cogieran el sombrero para salir de compras. Entonces tropezó con la mirada de Peggy y dijo apresuradamente:

—Peggy, tú serás mi secretaria particular, con un sueldo de mil dólares mensuales, que aumentará automáticamente cada tres horas.

Es indudable que hubiera ocurrido algo imposible de calificar si en aquel instante no hubiera aparecido Jackson con los combinados, que distribuyó entre sus señores. Monty vió en él una buena oportunidad para desprenderse de algunos dólares más, y le tendió un billete de mil, diciendo:

—Y aquí, tiene, Jackson, un pequeño adelanto a cuenta de su sueldo. Usted es ahora nuestro nuevo mayordomo—levantó su copa y brindó—: ¡A la salud de Brewster y Compañía!

El fortísimo combinado le abrasó la garganta. Abrió espasmódicamente las manos y lanzó un chillido, mientras arrojaba los billetes al aire. Al agacharse para recogerlos, Jackson le aconsejó:

—Será mejor que tenga cuidado con los helicópteros. Pero con alas o sin alas, usted volará.

* * *

Una semana más tarde, Brewster y Compañía —finanzas, inversiones, préstamos y otras cosas— funcionaba como una máquina bien engrasada. Era, en realidad, una empresa cuyos fines, a pesar de los pomposos que se atribuía, no estaban muy claros. Se interesaba en todo linaje de negocios siempre y cuando tuvieran una característica esencial: la de ser descabellados. Se componía casi exclusivamente de vicepresidentes: vicepresidente encargado de las secretarías, por ejemplo, o el vicepresidente encargado de los interruptores, cargo que ostentaba Jackson, dirigiendo la centralilla telefónica, o el vicepresidente de las inversiones especiales. Sólo faltaba, como decía el negro, un vicepresidente encargado de los vicepresidentes.

Pero, sin embargo, no se podía negar que constaba de lujosas oficinas, altamente eficientes en el negocio de no hacer nada malgastando mucho dinero.

Como todos los días, Nopper y Hacky invadieron el despacho de Peggy con el fin de verter en los oídos de la desesperada joven sus lamentaciones y, de paso, entregarle los cheques que Monty debía firmar. Peggy y los dos amigos estaban furiosos.

—El manejar el dinero es una ciencia—chillaba Nopper—. Un «amateur» como Monty no tiene derecho a tirar el dinero de cualquier modo como él lo hace.

—Imaginate que puso el capital para aquella comedia musical de Micki Michaelovich—añadió Hacky—. Sesenta y cinco mil «pavos» puestos en mano de Micki sólo porque la saludó una vez al pasar...

Se entregaron a las más sombrías reflexiones, interrumpidas por Nopper para leer la siguiente crónica periodística:

«Monty Brewster, expelagatos y ahora nuevo muchacho cañón

de Broadway, pasmó a la sociedad con su tertulia en el elegante Weldon Towers, donde el champaña caía como lluvia. Tal vez trataba de deslumbrar a Bárbara Drew, la heredera casada por dos veces, cuyo «papi» tiene un Banco propio. Monty resulta ser una alegría para la pareja aburrida, los llamados «compinches» que le rodean en su sólida torre de marfil. Un tonto y su dinero en seguida encuentran amigos. Adiós, mastuerzo...» —acabó Nopper, estrujando el periódico—. Los llamados compinches somos nosotros.

Aunque prometieron una buena paliza a Mitchell, el autor del reportaje, no pudieron menos que confesar que tenía, en cierta manera, razón. Peggy opinaba lo mismo desde que había escuchado el nombre de Bárbara Drew. Los dos desesperados amigos se pusieron de acuerdo para separarse de Monty. Pero Peggy, comprendiendo los daños que de ello resultaría, se opuso:

—¡Oh, no, muchachos! No podemos hacer eso. Somos la única protección que él tiene. ¡Si pudiésemos hablar con él, hacerle entrar en razón y decirle que no estamos conformes con lo que hace en lugar de picotearle como buitres!...

Mientras los ocupantes del despacho de Peggy se entregaban a un inútil conciliábulo, el causante del mismo, Monty, penetraba en sus elegantes oficinas y repartía a diestro y siniestro a las lindas secretarías numerosos regalos. Tuvo que atender, muy complacido, a un inventor de algo, cuya naturaleza no se preocupó de averiguar; dióle mil dólares en premio, pidiéndole el recibo, y se encaminó hacia su despacho, ordenando al fiel Jackson, que trotaba a sus talones:

—Jackson, quiero que vaya usted a los almacenes Skurveys y compre una docena de corbatas para el señor Harrison. Escójalas usted mismo. También quiero que compre un abono a palco en todas las pistas de carreras para Hacky para la temporada: Pellico, Havre de Grasse y Fuchu, etc. Quiero que compre usted cinco docenas de orquídeas para la señorita Gray.

—Sí, pero le puse allí tres docenas ayer—replicó Jackson.

—Ya lo sé, pero no se puede consentir que Peggy huela las orquídeas de ayer.

—La señorita Peggy dice que las orquídeas no huelen—objetó Jackson.

—Entonces compre diez docenas de rosas—continuó Monty sin inmutarse—. Aquí tiene cien dólares. Es mejor que se compre usted una bicicleta.

—Con cien dólares más podría comprarme una moto—indicó el negro.

—¡Una idea estupenda, Jackson, una buena idea!—aprobó el punto Monty—. Ahí van trescientos dólares para una moto con «side-car», y no se olvide de los recibos.

Con la satisfacción que presta el deber cumplido, Monty entró en su despacho, tachó un día del almanaque que tenía sobre la mesa y llamó a Peggy. Esta, después de responder a su salutación, ya amansada, por la simple presencia del joven, de su anterior irritación, colocó un libro de cheques sobre su escritorio, diciendo:

—Aquí hay por valor de sesenta mil dólares de negocios que están esperando tu firma.

Y agregó al ver su alegría:

—Monty, ¿estás seguro de que te encuentras bien?

—¡Claro! ¡Muy bien!—dijo, deteniéndose en el acto de firmar—. Jamás me encontré mejor en mi vida... Es decir, si es que tú me quieres.

—Esto me recuerda que debo rogarte que no me lo digas con flores—le avisó Peggy—. Mi despacho está tan lleno de ellas, que casi no puedo entrar en él.

—¿Lo ves? Y tú creías que yo estaba loco por haber alquilado todo el piso superior. Ahora resulta que las oficinas ya empiezan a ser pequeñas...

Y fingiendo no ver el gesto de desesperación de Peggy, pidió comunicación con el director de la Exposición de Avicultura del Madison Square Garden. En tanto esperaba el aviso y firmaba unos cheques, apareció Nopper, que, despreciando contestar el saludo de su amigo, le preguntó:

—¿Has visto el artículo de Mitchell?

—Y tú has visto a Mitchell?

—No, pero pienso hacerle un «obsequio» a ese tío.

—Yo ya se lo hice. Vete al hospital Bellvue y échale un vistazo.

Aquél era el Monty de siempre. Aunque se alegraron de ello, fué sin perder la cabeza. Y así dijo Nopper:

—Monty, es una lástima. Un individuo con todo tu dinero no puede permitirse el lujo de ir por ahí sacudiéndole a los periodistas. ¡Presentará una demanda!

—¡Ya me amenazó con hacerlo por diez mil dólares!—agregó con modestia—. Yo arreglé el asunto sin intervención judicial por quince mil—y al protestar ellos, explicó a Peggy—. La única razón por la que lo hice, querida, fué porque no quise que tú estuvieras preocupada viendo aparecer mi nombre al lado del de Bárbara Drew.

—No te preocupes por Bárbara Drew—le aconsejó Nopper—. Es su padre, el coronel Drew, el que me preocupa.

—¿Qué le pasa? ¿Está enfermo tal vez?

—El no, pero el Banco... Un Banco particular que ni siquiera está protegido por el Gobierno y tú tienes doscientos mil dólares en él—se tomó la molestia de aclarar Nopper—. El Banco de Drew está al borde del precipicio. Es posible que quiebre cualquier momento. Al cerrar las puertas al terminar el día, no saben si podrán abrirlas al día siguiente. Firma este cheque y deja que yo vaya a retirar los dólares cuanto antes mejor.

Monty se levantó con dignidad y colocó las manos sobre la mesa, diciendo:

—Ese dinero se queda allí. El coronel Drew es un hombre simpático y honrado. La gente dice que Monty Brewster es un loco, un bobalicón, un derrochador, pero nadie dirá que él abandona a un amigo en la hora de la necesidad.

Le salvó del sofión que se preparaba, la voz de Jackson anunciándole que el presidente de la exposición de Avicultura estaba dispuesto a hablar con él.

—Soy Montague L. Brewster. Quiero ofrecer un premio de diez mil dólares a la gallina que ponga más huevos desde la una hasta las seis de la tarde de mañana. Si, eso es. Le enviaré un cheque...—y se adelantó a las protestas de Nopper—. Es nuestro deber de ciudadanos animar a las gallinas para que pongan muchos huevos.

Nopper tragó saliva e indignación, pero prefirió hablar de otras cosas:

—¿Has visto tu estado de cuentas?—preguntó.

No, Monty no lo había visto. Por consiguiente, se enteró con inmenso placer de que en una semana había gastado la tercera parte de su fortuna. Pasando por alto las reconvenciones de su amigo, quiso saber si guardaban los recibos.

—Sí, hay recibos—estalló Nopper—. ¿Y para qué sirven? Estarás sin un clavo dentro de un mes.

—Yo no creo que eso sea realmente posible—exclamó Monty con deleite.

—Y tal vez sea hoy mismo si no te cuidas de dos cosas antes de las tres de la tarde, y ahora son las dos y media—indicó Nopper—. Vamos, firma un cheque y deja que yo retire lo del Banco Drew y deja que llame a Allison y le diga que venda tus valores de Maderas y Combustibles.

—¿Por qué he de vender Maderas y Combustibles?—preguntó Monty.

—Porque han bajado ocho enteros y siguen bajando.

Monty lanzó una ahogada exclamación de júbilo y marcó precipitadamente un número en el teléfono. Segundos más tarde, ordenaba a Allison que adquiriese cinco mil acciones más en nombre suyo. Esta fue la gota que hizo rebosar la paciencia de Nopper e, inmediatamente, presentó su dimisión, desapareciendo del despacho hecho una furia.

Pero Monty le persiguió y, cuando estuvo al alcance de su oído, en el momento en que su amigo entraba en el ascensor, ordenó a una de las secretarias, a grito pelado, para que Nopper le escuchase, que no aceptaba su dimisión.

Hacky le abordó en el pasillo notificándole con cara de pena que había de comunicarle una noticia muy grave. Monty le hizo pasar a su despacho y le ordenó que le explicase aquello tan espantoso. Se trataba, ni más ni menos, de un caballo que Monty había comprado por veinte mil dólares e inscrito para la segunda carrera en Belmont. ¿Por qué no se lo había dicho? — gemía Hacky.

—Se me olvidó ese pequeño detalle — confesó Monty—. Pero, como eres experto en carne de caballo, quería saber tu opinión.

—Pues te la voy a dar—declaró con acento incisivo Hacky—.

Si el heno se vendiese a cinco céntimos la tonelada y «Magia Negra» tuviese el apetito de un canario, no valdría ni la pena de alimentarlo.

Monty, aunque se frotó las manos de contento, murmuró:

—Pero ¡eso es terrible! ¡Yo apuesto cinco mil dólares por él! ¡Debes de gastarme una broma!

—Si toma parte en la carrera de hoy, se caerá hecho albondiguillas.

—Te equivocas. ¡Ganará el premio! — protestó Monty por pura fórmula.

Hacky, para demostrar que le asistía la razón, le enumeró las pérdidas, cuantiosas, sufridas en una semana por la sección que él dirigía. Estaba francamente aterrado. Monty se creyó en el caso de consolarle.

—Es la ley de la compensación, amigo. Además, según las estadísticas, puede experimentar aumento por la división lateral de su entera estructura.

—¿Qué jerga es ésa?—aulló, consternado, Hacky.

—Tú no puedes entenderlo, Hacky. Es una teoría basada en la ley de ingresos disminuyentes. Mi agente de bolsa me lo estuvo explicando la otra noche—y cambiando de conversación, dijo—: Por cierto, he comprado otro taxi.

Hacky se llevó las manos a la cabeza.

—¡Ya estamos otra vez!—gimió—. Cada vez que ves un taxi, lo compras. Tenemos doce ya, y estamos sin gasolina.

—¿Por qué no les pones algo de rón?—sugirió Monty—. Tal vez funcionasen bien.

—¡Oh! ¿Quisiera encontrarme en una trinchera!

Y con estas palabras dejó solo al ingenioso director de Brewster y Compañía. Coincidiendo casi con la desaparición de Hacky, entró Peggy avisándole que Bárbara Drew deseaba verle.

Bárbara era una mujer que llevaba escrita la palabra «lujo» hasta en lo más íntimo de sus actos. Era alta, exquisita, fascinadora, y se daba cuenta de estas cualidades. Sin embargo, su ademán de ofrecer la mano a Monty estaba exento de coquetería. Era innegable que le tomaba por un tonto.

—¿Conque es aquí donde has estado perdiendo el tiempo?—dijo una vez se hubieron soltado sus diestras.

—Sí, aquí estoy trabajando como un negro. Siéntate, ¿quieres?

Bárbara ocupó un sofá y Monty tomó asiento a su lado.

—No quiero estar más que unos minutos—explicó Bárbara—. ¿Fui demasiado extravagante con los preparativos de la tertulia?

—Nada de eso—aseguró Monty—. Yo esperaba, es decir, suponía que costaría lo que costó. Fuiste muy amable en ayudarme, Bárbara.

—No vale la pena. Me estoy divirtiendo mucho gastando tu dinero, aunque no me hace favor socialmente.

—No puedes figurarte el bien que eso me hace—dijo Monty—. Quiero que proyectes algunas reuniones más, resonantes, algo original... No importa lo que cueste.

Bárbara arqueó las cejas y le dirigió una mirada pensativa. Monty era un hombre de género desconocido por ella. Dió un nuevo sesgo a la conversación.

—¿Has leído el artículo de Mitchell esta mañana?

—Sí, lo he leído—se excusó Monty—. Lo siento, porque te ha humillado por mi culpa.

Bárbara barrió su delicadeza con un gesto sutil.

—No te preocupes—sonrió—. Además, yo no me siento humillada—hizo una breve y sabia pausa—. Ha ocurrido una cosa muy graciosa... Es muy absurdo, pero papá lo ha leído.

Monty notó que la lengua se le pegaba al paladar. Lo dicho por Bárbara expresaba una amenaza, tanto más terrible, cuanto más insinuante era la sonrisa de la joven.

—Tu pa...

—Eso me fastidiará—prosiguió Bárbara, sin hacerle caso...—El cree que es verdad. Cree que estamos prometidos.

Monty no tuvo fuerzas para incorporarse del sofá. Sólo murmuró:

—Denunciaré a Mitchell por eso!

—Esas cosas no me preocupan. Me tienen sin cuidado—le apaciguó ella, convencida ya de que Monty estaba enamorado de ella.

Monty se pasó la mano por la frente, sonrió atontado y procuró distraerla con otras cuestiones.

—A propósito, ¿cómo está tu padre?

Bárbara agradeció que la necesidad de Monty les hubiera llevado al terreno que era motivo de su presencia en el despacho. Se puso en pie e hizo una estupenda exhibición de deberes filiales.

—Está muy disgustado. Por eso he venido. Por favor, no se lo digas.

—Claro que no se lo diré. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Ya que te ofreces, te diré una cosa. El vendrá a verte. Se trata de sus antiguos amigos, que le abandonan y quieren retirar el dinero de su Banco. Y te consideramos un buen amigo, naturalmente...

Al terminar la frase, se le acercó seductoramente. Monty retrocedió hasta su escritorio, protestando:

—No hables más de ello, Bárbara. Yo dejaré mi dinero en sus manos. Creo que no puedo hacer nada mejor.

—¡Oh! ¡Monty, eres un hombre fantástico!

Monty, aquella vez, fué acosado hasta detrás de su escritorio, en donde tropezó con su sillón, pero logró, murmurando palabras ininteligibles, contener aquel alud de agradecimiento femenino.

—¿Me llamarás otro momento para hacer planes o quieres fijar ya una fecha ahora?—preguntó Bárbara.

—Ya te llamaré otro rato—contestó Monty, mirando de reojo hacia la puerta del despacho de Peggy.

—Te dedicaré todo mi tiempo. Nos divertiremos mucho, Monty. Eres encantador.

Y, antes de que pudiera apercibirse, Bárbara pasó sus brazos en torno de su cuello y le besó prolongadamente. Monty, perdiendo el equilibrio, buscó apoyo y su mano movió la clavija del dictógrafo de Peggy. Apareció ésta sin pérdida de tiempo y, con el dolor imaginable, hallóse ante una escena de final de película. Pero, como no en balde era mujer, supo contenerse y preguntó:

—Tu dictógrafo está abierto. ¿Querías algo?

Monty se zafó rápidamente de los brazos de Bárbara, que no perdió la compostura, mientras el joven balbucía sin despegar sus ojos desmesuradamente abiertos de su novia. Bárbara entendió que había llegado el instante de salir de escena.

—El negocio antes que todo, Monty—dijo significativamente—. Y no te olvides de llamarme.

—Sí, te llamaré—prometió Monty, casi arrastrándola hacia la puerta.

—Nos veremos luego.

—Muy bien. Dile a tu padre que no se preocupe—recordó Monty, recibiendo en pago una caricia en la mejilla.

Dió media vuelta y se quedó delante de Peggy, cuyo rostro denunciaba la borrasca de su espíritu. Procuró mostrarse indiferente.

—¡Ah! Esos Drews son estupendos, maravillosos... ¿Qué te pasa, querida? ¿Te ocurre algo?—dijo, al notar su ceño fruncido.

—¿Qué es lo que hay entre ti y Bárbara Drew?

Monty, antes de contestar, se parapetó detrás de su escritorio.

—El Banco de su padre está en mala situación, nada más—acclaró.

—Y trata de convencerte para que tú cubras el riesgo—adivinó ella.

—Ella no significa nada para mí. Sólo está agradecida porque he decidido dejar mi dinero en el Banco de su padre. Mis relaciones con ella son estrictamente comerciales.

Peggy se contentó a duras penas. Estaba pálida y en sus ojos brillaban lágrimas. A Monty le dolía el corazón al verla en aquel estado.

—¿Comerciales?... ¿Llamas tú negocio a dejarla que derroche tu dinero con una serie de parásitos sociales? ¿Llamas negocio a gastar trescientos veinticinco mil dólares en una semana?

Por un instante, Monty fué el muchacho que ella conocía: enérgico y sincero. Pero lo que dijo fué paradójico.

—¡No! Eso es un hombre demasiado bueno para ello. Es trabajo duro. Treinta días de trabajo duro o sesenta, no lo sé.

—Pues ya es hora de que empieces a pensar.

—¿Pensar? ¿Pensar?—repitió desesperado—. El pensar es mi especialidad. Pienso diez y ocho horas diarias. Es una cosa muy sencilla para el comerciante corriente el pensar. El piensa en algo que ha de hacer, lo hace y se acabó. Pero yo tengo que pensar

lo que ellos piensan que yo pienso, y luego pienso lo que yo pienso que pienso.

—Me parece que debes ir a casa de un psiquiatra—le contestó la joven, corriendo hacia su despacho.

—¡Peggy, Peggy, no te enfades!—suplicó Monty, recibiendo en respuesta un portazo...— ¡Un psiquiatra! Esos tíos cobran muy caro. Tal vez será mejor que tome uno.

Peggy estaba asimilando su amargura con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en su escritorio, cuando se presentó ante ella Jackson con un soberbio ramo de rosas.

—Tome usted, señorita Peggy: su docena diaria—dijo el negro—. Hubiese venido antes, pero tengo una motocicleta y por eso llego tarde. Tengo que ir muy despacio las primeras millas.

Peggy dió las gracias a Jackson y colocó las rosas en un florero, preguntándose si aquellas flores simbolizaban el fallecimiento del amor de Monty o la persistencia del mismo.

COMPLICACIONES

El coronel Drew apareció en el despacho de Monty escoltado por Jackson. Aunque era un hombre muy bien conservado, las preocupaciones y fracasos de su Banco empezaban a hacer mella en él. Monty fué a su encuentro y le estrechó la mano con entusiasmo; después, se fijó en su alterado aspecto.

—Parece que está usted algo nervioso. ¿Quiere un calmante para sus nervios?

Y mientras el coronel asentía, le escanció un buen vaso de coñac, que el coronel hizo desaparecer de un solo trago. Algo reconfortado por el licor, entró de lleno en el asunto que allí le llevaba.

—Amigo, he venido a verle para darle las gracias personalmente. El cajero me ha dicho que usted se negó a retirar su saldo a pesar de los malos rumores.

—Coronel, en el ejército aprendimos a no hacer caso de los rumores. Usted sabe que tengo mucha confianza en usted y en su Banco...

Nopper entró como una tromba interrumpiendo el coloquio. Apartó al coronel de su camino y, sin dar explicaciones del motivo de su regreso tras haber dimitido, se inclinó hacia Monty.

—¡Monty, Maderas y Combustibles suben!... Han subido dos enteros y medio.

Monty se desplomó en su sillón como si hubiera recibido un mazazo.

—Han subido dos enteros y medio—repitió en un murmullo...— Pero ¿qué pasa allí?

—¡Has recuperado veinticinco mil dólares!—chilló Nopper.

Monty dio al olvido todo ante aquella riqueza que se le venía encima. Buscó frenéticamente el teléfono, sin hacer caso del coronel, e intentó lograr comunicación con su agente de bolsa. Pero éste comunicaba. Finalmente vibró un timbre. Pero la llamada era para el coronel, que cogió el teléfono con aire de fatalidad.

Nopper, mientras tanto, se había enterado de que Maderas y Combustibles habían subido cinco enteros, o sea que ganaba cincuenta mil dólares. Monty se mesaba los cabellos, aullaba y gemía a la vez, ofreciendo mil dólares a quien le consiguiese comunicación con Allison. Después se quedó abatido hasta que el coronel exclamó:

—¡Pero esto es grande!

—¿Qué ocurre?—preguntó Monty, asustado por el grito.

—Me temo que esto es el final—abdicó el coronel—. Ashton retira doscientos cincuenta mil.

—Bueno, que los retire—desafió Monty, vislumbrando un rayo de esperanza—. No importa; eso es lo que yo voy precisamente a depositar.

Incluso el coronel tuvo que objetar a aquella desenfronada conducta.

—¡Oh, no, Monty! No puedo consentir que lo haga. La acción de Ashton puede significar la ruina de mi Banco.

No obstante, Monty siguió en sus trece y, con grandes protestas de Nopper, extendió un cheque por la cantidad mencio-

nada y se lo ofreció al coronel, que lo aceptó y se escabulló antes de que se arropintiera aquel chiflado.

Pero tanto las imprecaciones de Nopper como las bravatas de Monty enmudecieron al enterarse de que Maderas y Combustibles habían ascendido diez enteros, noticia que Peggy y Hacky confirmaron invadiendo el despacho con gritos de alborozo. Monty había dado en el clavo aquella vez. Por lo visto no estaba tan chiflado como imaginaban.

A Monty, en cambio, le pasaba un sofoco y le entraba otro. Ofreció cinco mil dólares a quien le pudiese en comunicación con Allison, y Nopper se puso de su parte, porque, como explicó, estaban perdiendo dinero con aquella falta de contacto.

—Son las tres, señor Brewster — anunció Jackson —. Van a empezar en Belmont.

Peggy, Nopper y Hacky abandonaron al atribulado Monty y pusieron en marcha el aparato televisor, porque en aquella carrera tomaba parte «Magia Negra», el caballo comprado por el joven. Las apuestas estaban cuarenta a uno, lo cual puede ser un indicio de las burlas de que era objeto Monty. Pero éste estaba demasiado ocupado en establecer comunicación para sentir interés en saber qué su caballo se estaba portando como una cabra epiléptica en la línea de partida.

—Póngame con el jefe de la Compañía — ordenaba a las telefonistas —. Necesito que me conecten con la línea de Allison.

La carrera de caballos empezó sin que a «Magia Negra» se le viese por ninguna parte. Maderas y Combustibles habían subido un entero y medio más. Monty se había arrojado de bruces sobre la mesa y manipulaba en los teléfonos como si quisiera hacerlos trizas. Por último sonó el ansiado timbre y Monty pudo hablar con Allison.

—Oiga, Allison, vigile Maderas y Combustibles.

—Sí, ya sé que están subiendo rápidamente — contestó Allison.

—¿Tienen posibilidades de bajar?... ¿He ganado qué?... ¡Cien mil dólares!... ¡Oh! ¡Venda rápidamente, Allison! — sollozó Monty —. No puedo soportarlo... He dicho que venda... ¡Venda!

Algo aliviado por esta orden, Monty se unió al grupo que estaba ante la pantalla televisora. El corazón le dio un vuelco. Sí



Murty y Peggy ocuparon un sofá del ventanillo



Peggy se precipitó a la ventanilla



—Peggy, tú serás mi secretaria particular...



—Brewster sí habla.



«Una idea estupenda,
Jackson!»



«Nopper y Hacky inva-
diernn el despacho de
Peggy.»



—¿Has visto el artículo
de Mitchell?



—Póngame con el jefe
de la Compañía—ordenó
a las telefonistas.



Henry se zafó rápidamente de los brazos de Bárbara.



Una noche, durante los ensayos...



—Baila con un vaso de
agua encima de la cabeza.



Con gesto alto, se
arranca la sortija.



Monry, cogido entre
dos fuegos...



Trinie estrechaba el cer-
co alrededor de Monry.



—En esta situación ya
no acepto tu dinero...



—Stichi me ha hecho
vender el abrigo de chinchilla...

era verdad lo que la pantalla reflejaba y lo que el locutor decía, «Magia Negra» estaba ganando terreno...

Sus amigos se excitaron y algo de su excitación se fue insinuando paulatinamente en él, pero en sentido inverso. A medida que el caballo avanzaba y había más posibilidades de que ganase, los brazos de Monty se fueron alzando, se agitaron para indicar al «jockey» que tirase de las bridas. Pero fue en vano. Como en sueños, se enteró de que «Magia Negra» había vencido.

Le apabullaron a abrazos mientras él aspiraba aire con avidez. Hacky le vitoreó:

—¡Retiro mis palabras, jefe! ¡Es un gran caballo!

—¿Qué habéis ganado?—investigó Peggy.

—Yo gano doscientos. Aposté sólo cinco dólares—declaró Jackson.

—Monty gana doscientos mil—añadió Hacky con orgullo.

¡Qué listo era Monty! Pero a él le parecía lo contrario. Vibró el timbre del teléfono. Monty, vacilando sobre sus pies, se puso a hablar. Era el coronel Drew y hablaba con un tono tan cordial, que el joven barruntó una «desdichada» suerte.

—El depósito de usted ha salvado el Banco, Monty—dijo el coronel—. ¡Que Dios le bendiga!

Se habían salvado cuatrocientos cincuenta mil dólares.

—¡Vaya un día!—murmuró Monty cayendo sobre su sillón.

—¡Vaya un día!—cantaron alegremente los demás aporreado el piano.

Y por centésima vez dejóse oír el teléfono, que fue empujado por Monty. Una voz untuosa, terrible, le anunció:

—Señor Brewster, aquí es el programa de radio «Cubo de oro». Hemos seleccionado su número de teléfono como el ganador del premio de hoy. Le felicito. Ha ganado usted veinticinco mil dólares.

—¿Y por qué se meten ustedes en camisas de once varas?

—aulló Monty.

Entonces perdió el mundo de vista.

A la mañana siguiente, un grupo de alarmadas personas estaban en el despacho de Peggy. Lo componían la joven, Nopper, Hacky y Jackson, que, mirando por el agujero de la cerradura, transmitía los movimientos de Monty.

El infeliz heredero estaba encerrado en su despacho desde el día anterior. Por lo que Jackson distinguía, estaba tumbado de bruces sobre su escritorio, con los ojos cerrados y agitando la cabeza de un lado para otro, como presa de la desesperación, extraño comportamiento en un hombre que el día anterior había ganado trescientos cincuenta mil dólares.

Monty estaba delirando. Por su cerebro cruzaba un torbellino de billetes de Banco, que danzaban al ritmo de la voz del calendario, que se motaba de él y le desafiaba a gastar un millón veinticinco mil dólares en cincuenta y tres días.

Jackson vio que, finalmente, se incorporaba, pasábase la mano por la frente y tragaba tres aspirinas de una vez. Todos estos actos debieron de darle fuerzas, pues se puso en comunicación telefónica con Jones, en cuyos oídos vertió sus lamentaciones:

—Señor Jones, esto es terrible. Yo me vuelvo loco. Todo lo que toco se convierte en oro.

—Lo siento, Brewster; quisiera ayudarle, pero no puedo.

—Pero esto no es tan fácil como creía. A este paso voy a convertirse en billonario.

—Si su tío fue bastante listo para ganar más de un millón, usted debe ser bastante listo para gastar un millón—declaró Jones, dando por terminada la entrevista telefónica.

Un hombre y una mujer, llamativamente vestidos, golpearon la puerta de Monty con resultado negativo. Eran los bailarines Micki Michaelovich y Trixie Summer, a los que un cruel destino empujaba hacia la bolsa acogedora de Monty. Pero, viendo que su Metecras no daba señales de enternecerse ante sus voces, irrumpieron en el despacho de Peggy, obteniendo un recibimiento no más entusiasta que el que se tributaría a una pareja de leones escapados de su jaula.

—¿Qué ocurrió con la revista?—curioseó Hacky.

—«La chica del Sweater» tuvo un fracaso—dijo Micki con soltura.

—No les éramos simpáticos en Filadelfia—agregó Trixie.

Como ésta era desconocida de los presentes, Micki hizo las presentaciones. Era una mujer pequeña, delgaducha, teñida de rubio y con una afición evidente a los trajes atrevidos. Los ojos pasaron de ella a Micki.

—Entonces, ¿la revista resultó una pifia?—preguntó Hacky.

—¿Pifia?—repitió Micki como si el término fuera poco elocuente—. Si hubiésemos seguido con las representaciones, hubiésemos tenido que empeñar la camisa para pagar a los actores.

—Pero si Monty tenía invertidos en ella setenta y cinco mil dólares...—se asombró Nopper.

Esta fue una buena noticia para Monty, que había aparecido en silencio en el umbral del despacho de Peggy. Se sintió con más energía. Al hablar, todos se volvieron hacia él.

—No os preocupéis por los setenta y cinco mil—declaró magnánimo—. ¿Por qué cerrasteis el teatro?

Entre Micki y Trixie se lo expusieron en dos palabras: el teatro se cerró por falta de espectadores—el taquillero había llegado a hacer solitarios con las entradas—, por ser viejo el tenor y por culpa del físico de la estrella...

Terminada la luctuosa descripción, Monty, cuyas ideas se disparaban como cohetes, tuvo una al ver a Trixie.

—¿Qué hacía usted en la revista, señorita Summers?—preguntó.

—¿Yo? Me pusieron en el coro—respondió con falsa ingenuidad.

—Bien; es aquí donde cometieron el primer error—indicó Monty—. Usted tiene, para mí, todo el carácter de una estrella.

—Está usted bromeando—protestó Trixie intentando ruborizarse.

—¿Baila usted, Trixie?—preguntó Monty después de asegurar que no se burlaba.

—¿Que si baila?—intervino Micki—. ¿Tienes un vaso de agua y un piano?

En el despacho de Monty había los dos ingredientes necesarios para aquella demostración. Micki llenó el vaso de agua y se

lo entregó a Trixie, explicando a los que les habían seguido hasta allí:

—Voy a enseñarte una cosa que no has visto en tu vida. Baila con un vaso de agua encima de la cabeza sin que caiga ni una sola gota.

Trixie se colocó el recipiente en la parte de su ser aludida y, acompañada por los sonos infernales que Micki sacaba del piano, ejecutó contorsiones, hizo movimientos grotescos y pateó sin verter el agua. Aunque estaba bastante avergonzado por ella, Monty la aplaudió con ficticio entusiasmo.

—Bueno, ¿qué te ha parecido?—le preguntó Micki.

—¡Creo que es algo sensacional!—se admiró Monty.

—Sería la sensación en Coney Island—confesó Hacky en voz baja.

—Sí, con una tienda de campaña encima de ella—añadió Nopper, que le había oído.

Monty, pasó prudentemente por alto aquellos comentarios y dijo a la ansiosa bailarina, como si aun estuviera mareado por su arte:

—Señorita, Summers, me ha dado usted una gran idea. Vamos a representar de nuevo «La chica del Sweater» aquí, en la ciudad, y voy a convertirla en la mejor «estrella» del Broadway. ¿Qué dice a esto, señorita Summers?

—¿Yo? Bueno, ¿Qué quiere que diga sino que le estaría muy agradecida y que cada noche, al ir a dormir, rezaría una oración por usted?...

Esta ingenuidad debió conmover a Monty, pues inmediatamente la declaró «estrella». Trixie era mujer y, como la mayoría de ellas, veía a Monty como una gran bolsa llena de dólares provista de dos piernas, fácil de conquistar mediante un tratamiento adecuado. Puso, pues, los ojos en blanco y le dedicó una sonrisa asombrosamente lánguida para una experta en bailes tan complicados.

Peggy empezaba a retroceder hacia su despacho y Monty se sentía molesto; pero como tenía voluntad de ganar los millones, hizo de tripas corazón y asintió cuando Trixie ofreció generosamente:

—Puede usted llamarme cualquier noche después de las nueve.

Instantáneamente, Peggy se ausentó del despacho, Monty gritó tras ella en son de disculpa:

—Toda muchacha que sepa bailar sin que se le caiga una gota de agua tiene derecho al estrellato.

Hacky y Nopper empezaron a escabullirse hacia la oficina de Peggy, mientras Trixie y Micki alababan la anormal perspicacia de su empresario; pero se detuvieron al percibir las siguientes palabras de Monty:

—Lo único malo que tenía la revista es que se invertía en ella poco dinero. Setenta y cinco mil dólares no son nada. Mi tío odiaba a los hombres tacaños. Pondré doscientos mil.

—¿Doscientos mil? —le interrumpió asustado Micki—. Son muchos rublos.

—No habléis nunca de dinero allí donde se habla de arte —dijo Monty puritariamente—. Tenemos una gran obra para el público con «La chica del Sweaters». Voy a hacer que sea la revista mejor, la más brillante y la más asombrosa que jamás se haya visto en el mundo. Alquilaré el mayor teatro de Nueva York y empezaremos los ensayos inmediatamente.

Una noche, durante los ensayos, después de una parte que el director describió «como la mejor demostración que he visto de no saber bailar», Trixie, perseguida por Micki por algún secreto agravio histriónico, entró en su camerino y se halló con la sorpresa de que lo ocupaban un policía y un chofer uniformado.

—¿Me están buscando? —preguntó Trixie al policía.

El policía se enteró de si era la señorita Summers, y luego le hizo firmar un papel.

—Cuando entregamos un abrigo de treinta mil dólares, los policías siempre intervienen —aclaró el chofer.

Trixie recibió una conmoción aun más profunda que cuando Monty la nombró «estrella». Destapó la caja de cartón, y ante sus ojos apareció el más espléndido abrigo de chinchilla que jamás se había atrevido a soñar. Era regalo de Monty.

Todo el veneno que Micki había acumulado en el escenario y que era causa de que persiguiera Trixie, se convirtió en amargura al contemplar aquella maravillosa muestra de opulencia.

Monty llegaba en aquel momento al teatro en el automóvil de Bárbara. Estaba muy apuesto en su traje de etiqueta, y no es de extrañar que, tanto por este hecho como por su largueza, Bárbara retuviera su mano entre las suyas más tiempo del debido. Por último, el joven se soltó e iba a entrar en el teatro cuando la joven le detuvo.

—Monty, tengo una magnífica idea.

Las ideas de Bárbara siempre tenían relación con el dinero. Por consiguiente, sintió despertarse su curiosidad.

—Pues dímelas.

—Mientras el yate de papá está fuera de servicio activo, ¿no crees que podríamos dar una gran fiesta a bordo para celebrar el estreno de la revista?

—¡Estupendo!—aprobó Monty—. Prepárala y no te preocupes por el gasto. Que sea la mejor fiesta que hemos dado.

—Déjalo de mi mano, querido.

Monty, huyendo de Bárbara, penetró como un ciclón en el escenario y empezó a dar órdenes con la misma violencia de dicho fenómeno atmosférico. Llamó al encargado del personal y le dijo:

—¿Cuántas coristas tiene usted?

—Tengo cincuenta, señor Brewster.

—Quiero que haya cien más.

—¿Cien? No hay sitio para tantas en el escenario.

—Muy bien; entonces que se sienten entre el público, pero esta revista ha de ser grande en todo.

Y por razones similares aumentó al doble el número de los músicos, eligió oro auténtico para el traje de las coristas, etc. En una palabra, fué feliz durante un momento, hasta que apareció Trixie con su abrigo de chinchilla, dando tales muestras de agradecimiento, que Monty empezó a pensar que lo que había creído una ayuda, se iba a convertir en una carga. Y como aquellos días tenía bastantes preocupaciones, abandonó a la «estrella» con su abrigo de chinchilla y su agradecimiento, ambos por estrenar.

Al salir por la puerta trasera del teatro, se encontró ante una escena que le hizo retroceder unos pasos. Un hombre, con la cara tapada por un pañuelo, asestaba un reluciente revólver contra el pecho de un tembloroso individuo, que tenía que apo-

yarse contra la pared para no caerse desmayado. Pero en cuanto Monty se hubo recuperado de su susto, pensó en la cantidad de dinero que llevaba en los bolsillos y este pensamiento fué lo que le impelió adelante, con las manos levantadas, hasta el atracador, a quien preguntó amablemente:

—¿Le molesta que le interrumpa?

—Cuando el atracador se recobró de su sobresalto, le mandó:

—¡Manos arriba!

Monty le hizo notar que ya las tenía en la posición deseada y el ladrón se felicitó de haber topado con un ejemplar tan extraño de atracado.

—Me alegro de verte—declaró el ladrón con sinceridad—. Este tío es anémico. Guarda el dinero en el Banco. ¿Qué llevas encima?

—Mucho dinero—respondió Monty sin vacilar.

El atracador metió su mano en uno de sus bolsillos y se quejó de que lo encontrado no justificaba las declaraciones de su víctima. Esta, con una simpática amabilidad, quiso señalarle el sitio más adecuado para sus investigaciones; pero el revolver cortó su movimiento en seco. Indudablemente, la independencia del ladrón no permitía intromisiones en su terreno. Después intentó marcharse.

—¡No se vaya!—suplicó Monty.

—No me digas—le despreció el atracador—. He atracado a los tíos más ricos de este barrio.

—No tengo duda de que usted lo ha hecho, señor—confesó Monty humildemente—; pero si busca usted en mi bolsillo interior hallará...

Siguiendo sus indicaciones, el ladrón cogió un enorme puñado de billetes de a mil. Aquello era demasiado para su inteligencia. Gritó rudamente:

—¿Qué es esto?... ¿Una broma?

Estaba protestando Monty que no lo era cuando el coloquio se vió interrumpido por la brusca aparición de personajes, pistolas al puño, que encañonaron al atracador. Eran dos policías que buscaban a aquel ladrón, conocido por todo el país, y que felicitaron al desdichado Monty, prometiéndole de paso que cobraría una recompensa de mil dólares...

«La chica del Sweater» fué un escándalo mayúsculo. Los periódicos arremetieron con ella y emplearon los epítetos más malsonantes para dar idea al lector del peligro que corría si entraba en el teatro en que se representaba. En resumen, como dijo Nopper cuando acabaron de leer los comentarios en la cubierta del yate del coronel Drew, era la peor colección de críticas de una revista que jamás se había impreso.

Los invitados de Monty, Bárbara y sus dos amigos estudiaron el rostro de su anfitrión para averiguar el efecto que le habían producido los «palos». Pero Monty estaba en un estado de beatitud rayano en la imbecilidad, en opinión de Hacky.

—¿Has publicado el aviso de la suspensión de las representaciones?—le preguntó Nopper.

Monty se irguió como si le hubieran pinchado.

—¡Las representaciones no se suspenderán!—exclamó—. ¡Claro que no! No creerás que voy a intimidarme por un puñado de críticos, ¿eh?

—Pero... ¡es que tienes trescientas setenta y cinco mil dólares comprometidos en «La chica del Sweater»!

—¿Tan materialista eres?—le reprochó Monty—. Nuestra revista tiene una gran oportunidad.

—Dos oportunidades—puntualizó Nopper—: suspenderla o suprimirla.

—¡Oh, no me desanimes!—se quejó Monty—. Desde que el mundo es mundo, los grandes emprendedores han sido desahuciados por sus amigos. Voy a presentar esta revista, aunque me cueste hasta el último céntimo que tengo.

Entre los invitados se produjo un murmullo de confusión, que apoyaba los consejos de Hacky y de Nopper. Ambos, para no destrozar a su amigo a puras bofetadas, optaron por marcharse; pero antes de hacerlo, Hacky lanzó la última sarta:

—Si hay un hombre con derecho a estar en el manicomio es él.

Los disparates llevados a cabo por Monty habían creado un ambiente tan tenso en sus oficinas, que podía palparse, como supo Monty al entrar en su despacho al día siguiente. En respuesta a su llamada, Peggy apareció con aire de condenado a

muerte que ha de pronunciar las palabras decisivas para su existencia. En la mano llevaba un papel.

Monty le dió los buenos días con un beso, expresando el deseo de que se encontraran tan bien como él de humor, salud, amor, etc. Pero Peggy sufría, al parecer, un enveramiento de la espina dorsal que la hacía parecer muy digna.

—¿Quieres poner el conforme a esta factura de treinta mil dólares?

—Con mucho gusto—respondió Monty—. ¿De qué se trata?

—Un abrigo de chinchilla para tu «estrella».

Nopper y Hacky entraban en aquel momento con una siniestra mueca pintada en sus rostros. El mal humor de Peggy se reflejaba en ellos.

—Oye, Nopper, ¿quieres ponerlo en la cuenta de gastos de la revista?

—Esto no es ropa para la revista—corrigió Nopper—... Es personal.

Monty alzó las manos apurado; pero sin dejar de mirar a Peggy, que era el vivo retrato de la amargura y de los celos.

—No hay nada personal en ello—dijo—. No podemos consentir que Trixie vaya por la calle hecha un guiñapo. La hemos convertido en una nueva «estrella» y debe tener el aspecto de tal. Tú, Peggy, no debes interpretarlo mal. Esto es sólo una parte del montaje.

—¿Montaje de qué?—quiso saber ásperamente Hacky.

—De la revista.

La boca de Peggy emitió una exclamación, y le dió la espalda para escapar a su despacho. Monty la cogió de los hombros; pero ella se desasistió y cerró la puerta de su oficina a cal y canto. Nopper y Hacky aprobaban a todas luces la conducta de Peggy y, por consiguiente, dieron dos pasos adelante con los puños cerrados.

—Escúchame, Monty—dijo Hacky—. No estarás enamorado de aquella dama, ¿verdad?

—¿Qué dama?—preguntó Monty.

—Trixie.

—No seas ridículo. Vosotros ya sabéis que quiero a Peggy.

—Sí, pero tienes un modo muy pintoresco de demostrarlo.

—Peggy es muy lista, desde luego—agregó Nopper—. Tú estás buscando un llo. Esa Trixie va cargada de dinamita.

Hacky también dió a su conocimiento la idea que tenía sobre las cualidades pirotécnicas de Trixie. Monty, como todo el que obra innocentemente, se percató entonces, quizá demasiado tarde, de que el mundo suele interpretar a las personas según lo que parecen. Pero, tras este descubrimiento, le acometió un ataque de rebeldía.

—Sé muy bien lo que hago y no soy ningún chiquillo que se chupe el dedo.

—¡Quién sabe!—se burló Hacky.

—¡Claro!—estalló Nopper—. Un chiquillo que juega con bolas de oro macizo y con una cometa hecha de facturas de miles de dólares.

Esto llevó al colmo la exasperación de Monty, que chilló:

—Nopper, yo voy a seguir representando aquella revista contra tu voluntad, contra los críticos y aun contra el público.

—Es demasiado tarde—respondió Nopper lacónicamente—. Se cerró el teatro. Yo puse el aviso esta mañana.

—Pues ahora mismo vas al teatro y quitas el aviso.

—No puedo. Ya no tienes teatro.

—¿Que no tengo...?—balbució Monty—. Pero ¡si lo tengo alquilado por un año!

—Te equivocas — le desengañó Nopper, entregándole un cheque—. He vendido los derechos sobre él. Has conseguido un beneficio de veinticinco mil dólares en esta transacción. ¡Y no te lo mereces!

Nopper y Hacky se marcharon con la cabeza muy alta a sus respectivos despachos. Monty sintió que se volvía loco; se sentó en su escritorio con la cabeza entre las manos, maldiciendo la ingerencia de sus amigos en sus asuntos y buscando una manera de quitarse de encima inmediatamente aquel dinero... Y llamó por teléfono a la señorita Bárbara Drew, su último recurso en los casos apurados.

Bárbara estaba desayunando en la cama cuando recibió la llamada de Monty. En seguida, expresó su satisfacción de oírle con un gritito de placer. Pero Monty no se anduvo por las ramas.

—Oye, el yate de tu padre me dió una idea ayer noche. ¿Qui-

siera flotar por espacio de un mes? ¿Crees que puedes arreglar este asunto?

—Te advierto, Monty, que te costará mucho gasto—le advirtió muy divertida.

—Sí, es precisamente lo que ando buscando.

—Estoy segura de que papá te lo cederá—dijo Bárbara, tras breve reflexión—. Te llamaré por teléfono en seguida. Monty, tú sabes realmente pasar la vida de un modo delicioso. ¡La luz de la luna en el mar! Lo espero con ansia.

Después de este diálogo, Monty gozó de un instante de paz para entregarse a la ordenación de sus agitados pensamientos. Comentaba ya a notar en sí mismo un calor muy parecido a la esperanza de vencer, cuando se oyó en las oficinas exteriores un gran alboroto. Levantó la cabeza. Trixie irrumpió súbitamente en su despacho.

—Oiga... —chilló—. Creí que era usted un hombre que mantenía su palabra. Usted me dijo que no cerraría el teatro.

—Vamos, Trixie, no se enfade. Yo...

La puerta abrióse de par en par. A través de ella, con Jackson, Nopper y Hacky en vanguardia, pugnando por contenerla, se veía una inmensa hilera de excitados seres humanos, que se bifurcó, apareciendo también por el despacho de Peggy, a la que empujaban ante sí.

—Señor Brewster—avisó Jackson—, toda la gente de la revista viene hacia acá y está de muy mal humor. ¡Y no es precisamente a mí a quien buscan!

—Hubo una especie de revolución cuando colocaron aquel aviso durante el ensayo de la mañana—explicó Trixie—. Micky trata ahora de calmarles.

Los esfuerzos de Micky fueron estériles. El alud humano dio un nuevo empujón y Trixie, Micky, Peggy, Jackson, Hacky y Nopper quedaron aplastados contra el escritorio de Monty. Este, sin perder un segundo, se encaramó a su mesa y pidió a grito palado que reinara el silencio. Se hizo el silencio. Había llegado el gran momento de Monty.

—¡Silencio, por favor!—tornó a suplicar el joven—. Todos tendréis ocasión de hablar. No porque hayan puesto aquel aviso,

quiere decir que la compañía queda disuelta... íbamos a hacer una «tournée». Sí, señores, he fletado un buque.

Todas las bocas prorumpieron en una exclamación.

—Sí, en el yate del coronel Drew. Bárbara lo está preparando todo. Vamos a navegar arriba y abajo de la costa del Atlántico y trabajaremos en todos los campamentos del Ejército y la Marina desde aquí hasta Panamá... Luego, el mar Caribe, desde Trinidad a Puerto Rico. Iremos a divertir a los muchachos que tanto han hecho por nosotros.

Hubo una salva de aplausos que apagó la voz de Monty. Peggy y sus amigos se agitaban como indicando que estaban dispuestos a descargar una tempestad de protestas. Pero Monty prosiguió como si tal cosa.

—Y al mismo tiempo haréis un gran bien a vosotros mismos, porque voy a doblar vuestros sueldos. Vendrán todos los que quepan en el yate y el resto recibirá su sueldo hasta que lleguemos. ¡Ahora, todos los que estén conmigo, que levanten la mano!

Un bosque de brazos se enarboló en el despacho. Nopper y Hacky fraguáronse camino hacia el ascensor. Peggy, por su parte, corrió hacia su oficina. Esto fue más que suficiente para que Monty saltara del escritorio y se precipitara tras ella, cerrando la puerta de la habitación en donde los actores cantaban «Por ser tan buen muchacho...»

Peggy recogía sus cosas y abría y cerraba cajones con una rapidez pasmosa. Monty procuró que le mirara de frente, sin conseguirlo.

—¿Adónde vas, Peggy?

—A casa.

—Pero, ¿qué te ocurre?

—¿No recuerdas en qué día estamos?—preguntóle la joven.

—Viernes, día trece—replicó Monty, que se sabía el calendario de memoria.

—Trece de agosto—gimió Peggy—. Nos teníamos que casar hoy, pero es sólo un detalle.

Pasó por su lado para irse, pero Monty la asió de los brazos y la acercó hacia sí, diciendo muy turbado:

—Todavía no ha pasado el día. En realidad, he estado todo el día intentando preguntarte... sí... si es que tendrías algún...

algún inconveniente en que nos casemos al regresar del crucero. Entonces, podríamos casarnos el día de mi cumpleaños, el trece de octubre.

—Ya no voy a bordo del yate.

—¿Que tú no vienes...?—tartamudeó Monty—. ¡Oh, Peggy, por favor, no te separes de mí!

—Iría si supiera que me necesitabas, pero no es así.

Y con gesto altivo se arrancó la sortija, que le había regalado el día en que conoció las condiciones del testamento, y la depositó en su mano. Después, volvióse hacia la puerta, que Nopper atravesaba en aquel instante. Nopper se sorprendió.

—¿Qué le pasa, Peggy?

—Me voy a casa.

—No la censuro—aprobó Nopper—. Yo la acompañaré.

Abandonado a sí mismo, la desesperación se cebó en Monty. Podía soportar que le tomaran por loco y por necio, pero no que Peggy rompiera sus relaciones. Estaba decidido a cualquier cosa para evitarlo. Pidió que le pusieran en comunicación con Jones. En cuanto lo hubo logrado, espetó lo siguiente al albacea testamentario:

—Señor Jones, Monty Brewster al habla. No puedo seguir con todo esto. Estoy perdiendo a mi novia, mi cabeza y todo. Y ha pasado un mes y río he gastado ni la mitad.

—El testamento le concede dos meses—le advirtió Jones.

—¡A paseo con el testamento!—se apasionó Monty—. Voy a quedarme con lo que tengo y me saldré de este embrollo.

—No puede salirse de él—avisó Jones—. O bien gasta usted el millón, o lo devuelve, o devuelve lo que quede, a la herencia.

—Pero, ¿señor Jones, que pierdo mi novia! Me ha devuelto el anillo y se ha apartado de mí. Quiero hacer las paces.

—¿Le regaló usted un anillo?—exclamó Jones—. Ha hecho muy bien en devolvérselo. Si usted se casa con ella, ese anillo sería un valor. Todo lo que dé usted a su futura esposa será un valor en el activo.

—Oiga, señor Jones. Mi novia se marchó de aquí con mi mejor amigo, y cuando una chica le deja a uno y se va con otro... ¿Me está escuchando, señor Jones?

La voz de Jackson le respondió:

—Yo le estoy escuchando, señor. Usted le hablaba, pero... él colgó el aparato.

La determinación tomada en un momento de irritación por Peggy de separarse de Monty, una vez pasado su enfado, como suele ocurrir en tales casos, dejó en el corazón de la joven un gran vacío y una gran ansia de remediar su acto, si no fuera porque el puntillo se lo impedía. Y, con la lógica atrabiliaria de quien tiene la culpa, aguardaba que Monty se rebajara a hacer lo que ella no estaba dispuesta a realizar por un amor propio mal entendido. Pero el simple pensamiento de perder para siempre a Monty la horripilaba y por tal motivo se pasaba las horas muertas en el recibidor de su casa, sentada junto al teléfono.

La señora Gray encontróla allí, días después de la ruptura. Siendo una mujer inteligente y experimentada, adivinó lo que ocurría en el espíritu de su hija y optó por inmiscuirse en sus asuntos antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Esperas que llame Monty?—preguntó, por tanto.

—No es precisamente eso.

—Entonces, retírate de ese teléfono y a ver si me ayudas en la comida.

—¿No le costaría mucho llamar!—exclamó Peggy, sin apartarse del aparato—. Se hará a la mar a las seis.

—Tal vez se figura que te arrepentirás en el último momento y que irás a bordo.

—¿Arrepentirme yo?—exclamó con dignidad Peggy—. Tengo cierto amor propio, madre. Ni siquiera se emocionó cuando le dije que le dejaba.

La señora Gray se sentó en el brazo del sillón ocupado por su hija, de modo que ésta no pudiera verle la cara. Y sonrió melistofélicamente, diciéndose que había llegado la hora de tender la trampa.

—A lo mejor le diste una gran alegría—barruntó.

—Ya no le intereso—dijo Peggy, inclinando la cabeza hacia su pecho—. Después de todo, tiene a Trixie, a Bárbara Drew y a otras mujeres atractivas que andan a su caza por toda la ciudad. ¿No estás de acuerdo?

—Claro que sí, querida —aseguró la señora Gray, con un

acento raro—. El amor propio es algo maravilloso y, si careces de él, no tienes nada.

—¡Yo preferiría no tener nada!

—Tienes toda la razón, querida—confirmó la señora Gray astutamente—. Las chicas modernas sois más listas que lo éramos nosotras. Naturalmente, nosotras no teníamos radios, conferencias, bebidas ni bailes raros y, naturalmente, no sabíamos cómo manejar a los hombres. Si yo hubiese sido más lista, hubiera adoptado tu actitud con tu padre. Había un grupo de mujeres que iban a su casa. Faltó a compromisos e hizo lo que le daba la gana, pero, como yo era una estúpida, me casé con él. También hirió mi amor propio, pero supe sobreponerme cuando tú viniste al mundo y se cicatrizaron todas mis heridas. Claro que yo fui bastante estúpida, así es que tú no hagas lo que hice yo. Haces muy bien; quédate en casa y sé independiente. No es cosa mala el estar solo.

Peggy se levantó del sillón de un brinco y se encaró con su madre vibrando como una espada:

—Madre, yo siempre he escuchado tus consejos y he hecho caso de ellos. Bien, esta vez quiero obrar de acuerdo con mi propio juicio. ¿Yo haré ese viaje!

Corrió escaleras arriba para preparar sus maletas. La señora Gray rióse para sus adentros, satisfecha de haber empleado uno de los secretos de la experiencia: los consejos deben darse de forma que no lo parezcan.



El crucero de la compañía teatral en el yate resultó una fiesta continua. Se bailaba y se bebía a todas horas, amén de derrochar el dinero a manos llenas. Bárbara y Trixie estrechaban el cerco alrededor de Monty, quien no podía verse ni un momento libre de ellas, con gran contrariedad y temor, pues Peggy se portaba con él como si fuera un perfecto desconocido y su frialdad iba aumentándose a medida que pasaban los días sin poder hablar con ella a solas.

Una tarde, Bárbara apartó a Monty de los demás bailarines y le condujo, sin hacer caso de sus frases de protesta, a un lugar del puente en donde había dos cómodos asientos. Ocupó Bárbara uno de ellos e indicó a Monty que siguiera su ejemplo.

Mientras Monty vacilaba, buscando una idea salvadora que le permitiera escabullirse, se presentó Trixie, que exclamó al ver su retiro:

—¿Conque éste es su pequeño escondite? Vamos, Bárbara, ya lo ha retenido bastante. ¿Puedo interrumpir? —y agregó zalamera para Monty— Usted me prometió enseñarme las máquinas, ¿se acuerda? En verdad, no tengo ni la más remota idea de cómo es el departamento inferior de un yate.

Monty, cogido entre dos fuegos, se devanaba el cerebro para hallar un escape.

—Es un poco tarde para eso, Trixie. Tal vez mañana.

A continuación, Trixie pretextó que había un ratón en su camarote y deseó que Monty fuera el cazador del mismo. Pero Bárbara le salió al paso, ofreciéndose a acompañarla y a expulsar al intruso. El hipotético ratón no hubiera escapado de las uñas de aquellas dos mujeres, que, cortésmente, se decían cosas feroces.

Una vez solo, Monty lanzó un suspiro de descanso y se preparó a buscar a Peggy. La casualidad le ahorró la molestia, porque Peggy subía en aquel instante por la escalerilla del puente. Al verle, quiso dar media vuelta y huir, pero Monty le cortó la retirada.

—Peggy, cuánto me alegra de verte—exclamó Monty—. He tratado de quedarme un momento solo contigo hace días, pero tú te has escabullido como si yo fuera una plaga.

—Monty, ¿por qué le has regalado aquel anillo a Trixie?

—Verás... No se lo he dado a ella... Yo...

—Sí, supongo que no le diste un contrato como estrella; supongo que no le diste el abrigo de chinchilla, ni la invitaste a hacer este viaje.

—Sí, claro que he hecho eso, pero era preciso que lo hiciera —y la voz de Monty se tornó suplicante—. Tú no tienes idea de la importancia que esto tiene para mí... para nosotros. ¡Oh, si yo pudiera explicarme!

—Debes explicármelo todo, Monty—dijo ella con más dulzura—. He tratado de tener paciencia, incluso he venido a este yate en la confianza de hacer las paces, pero... pero cuando la vi con el anillo que tú habías comprado para mí...

—Pero, Peggy, yo no podía devolvértelo... Si yo te lo hubiese devuelto, se hubiera convertido en una... ¡No podía hacerlo, vaya!

—Monty, o me dices exactamente lo que te hace obrar de un modo tan extraño, o me voy a casa desde el primer puerto que encontremos.

Monty se retorció las manos y gimoteó:

—Peggy, tú no sabes lo que me estás pidiendo. Yo he querido decírtelo... Hace mucho tiempo que quiero decírtelo, pero... Será preciso que esperes sólo un poco de tiempo.

—¿No me lo dices entonces?

—¡No puedo!

—Muy bien; si le pides al capitán que nos conduzca a Mia mi, iré en tren desde allí a mi casa.

Sin hacer caso de los ruegos de Monty, dió media vuelta y le abandonó. El capitán del yate había presenciado la última parte de esta escena y se acercó a saludar a Monty, cuando lo creyó correcto. Monty se asió de él como si fuera su tabla de salvación.

—Capitán, deseo que vayamos directamente al mar Caribe. No quiero que pare el buque hasta que lleguemos a Trinidad. ¿Podremos hacerlo?

—Claro que sí, señor Brewster. Afortunadamente, tenemos mucho combustible, agua y provisiones.

Frotándose las manos por la jugarreta que haría a Peggy, bajó a vestirse. Estaba poniéndose los zapatos someramente vestido, cuando entraron en su camarote Hacky, Nopper y Mickl, a los que parecía rodear un halo de misterio. Monty se fijó en su indumentaria y preguntó:

—¿Qué os pasa? ¿Es que no vais a vestirós para cenar?

—Eso depende de la disposición que tengas...—le contestaron—para regresar a Nueva York.

—Si dices que sí, nos vestiremos para la cena—anunció Mickl.

—Y si no dices que sí, no nos vestiremos para la cena, incluyéndote a ti—concluyó Hacky.

Entre los tres se apoderaron de todos los trajes, camisas y zapatos de Monty. Este intentó luchar, pero un fuerte empujón le mandó sobre la cama.

—¿Qué es esto?—rugió—. ¿Un motín?

—Llámalo como quieras—concedió Nopper sin inmutarse—. Vamos a poner fin a todas tus extravagancias de loco.

En dos palabras, le expusieron sus condiciones: en caso de que diera su conformidad de volver a atrás—cosa inútil porque ellos ya habían dado la orden de hacerlo—, le entregarían el traje y se reuniría con los demás. En caso contrario, le acostarían y dormirían, aunque fuera a la fuerza.

Lógicamente, había dos razones para que Monty no accediera: Peggy, que se quería marchar, y el dinero que gastaba de aquel modo en cantidades exorbitantes. Pero aquellos energúmenos no daban su brazo a torcer; incluso Jackson se había puesto de su parte. Monty se estrujó el magín buscando una escapatoria y, en efecto, su fértil fantasía no le falló.

—Escuchad, amigos: vosotros no lo comprendéis—dijo—. Estoy muy atrasado, tengo muchas cosas que hacer y necesito hacer inversiones. No puedo dejar el dinero en el banco ganando intereses.

—¿Y en qué puedes invertirlo en el mar Caribe?—indagó Nopper.

—Tengo una idea estupenda. Todo el mundo sabe que es un distrito tropical y que en los trópicos deben de existir millones de moscas, ¿verdad?—inclinaron la cabeza y Monty prosiguió:—Bien, puedo alquilar personal nativo para que me construya una fábrica y luego alquilaré personal nativo para trabajar en la fábrica. Luego organizaré asociaciones de trabajo para los nativos para que hagan huelgas para obtener aumento de sueldo y después entrenaré a viajantes nativos para que las vendan.

—Vender ¿qué?—preguntaron todos.

—Palas para matar moscas... Abarcaré todo el mercado; invadiré el país. Con quinientos mil dólares podría obtener el mayor rendimiento que habéis visto jamás...

Les tenía entretenidos con aquella explicación demente y se

había colocado entre ellos y la puerta. De repente, les propinó un brusco empujón y les hizo caer sobre la cama. Con la rapidez de un rayo salió al pasillo y cerró la puerta con llave. Entonces, se percató de que iba en paños menores.

Precisamente pasó un camarero junto a él con un traje planchado al brazo. Monty le arrancó los pantalones de un tirón y se los puso, sintiéndose ya más seguro de sí mismo.

—Pero ¿pertenecen al señor Michaelovich!

—Bien; él puede llevar los míos—le contestó Monty—. No hay nada más justo que eso, ¿verdad?

El camarero se marchó estupefacto, tanto por el atraco como por los asombrosos ruidos que brotaban del camarote de Monty. Este corrió hacia las escaleras para entrevistarse con el capitán. Pero tres muchachas y dos hombres, pertenecientes a la compañía teatral, le detuvieron. El que llevaba la voz cantante le espetó:

—Se trata de algo muy importante. Señor Brewster, todo el personal de la compañía ha celebrado una reunión y ha llegado a una conclusión.

—¡Oh, una conclusión! Muy bien, me alegro de saberlo.

—Usted nos ha dado un ejemplo que nosotros queremos seguir—declamó el portavoz—. Usted ha puesto el dinero para presentar la revista para divertir a los hombres de nuestras fuerzas armadas y nosotros hemos resuelto, por lo tanto, no aceptar ningún sueldo por nuestros servicios durante este viaje.

Le alargó un montón de billetes de banco. Monty chilló.

—No es posible que ustedes hagan eso. ¡No lo consiento!

El hombre iba a insistir, cuando el yate vaciló, se estremeció y se apagaron las luces. Simultáneamente tronó una detonación pavorosa. Fueron lanzados unos contra otros y el barco se llenó de una tremenda gritería...

Cuando se restableció la iluminación, el capitán se puso al habla con sus subordinados. Estos le comunicaron que el control del timón había desaparecido por haber sido destrozados una hélice y el timón. Sin embargo, no había vías de agua. El capitán ordenó que se montase un timón provisional y que todos los pasajeros se colocasen en los botes salvavidas con toda la serenidad posible.

Monty, con su chaleco salvavidas, entró en el puente de mando y preguntó al primero de a bordo lo ocurrido.

—Probablemente, una mina flotante. La Armada me advirtió sobre ello.

—Esto ha ocurrido por haber dado la vuelta sin mi consentimiento—le apostrofó Monty—. ¿Hay peligro?

—No, todo ofrece seguridad, señor Brewster. Tardaremos unos cuantos días en llegar al puerto. Nada más.

—¿Unos cuantos días? Yo no puedo aguardar unos cuantos días. ¿Y si nos remolcasen?

—Mientras la mar esté en calma, no será necesario un remolque.

Monty despreció esta observación y entró en la cabina del telegrafista, a quien explicó, con grandes indicios de ansiedad, que había de localizar algún buque por los alrededores.

—Hay un buque de carga a estribor, señor—contestó el telegrafista—. He estado haciendo prácticas de portugués con él.

—Bien, practique usted el idioma portugués y pregunte si nos puede remolcar, haga el favor—dijo Monty, entusiasmado.

—Pero usted no debe hacer esto, señor Brewster—le indicó el capitán, apareciendo en la cabina.

—Bien, y ¿por qué no?

—Le puede costar una fortuna el salvamento.

El corazón de Monty dio unas cuantas volteretas en su pecho al oír aquello.

—¡A mí qué me importa lo que cueste el salvamento! ¿A qué viene todo eso del salvamento?

—Es la Ley Marítima—explicó el capitán—. Puede cargarle a usted la mitad del valor de este barco y la carga por remolcarlo.

Monty creía que estaba soñando. Era imposible que aquello fuese verdad. Era demasiado bonito para ser creído. Por consiguiente, repitió:

—¿Pueden cargarme la mitad del valor del barco y la carga?

—Pues claro...

—¿Qué cree usted que vale este barco?

—Pues, la verdad, no sé lo que vale—confesó el capitán—. Debe de valer un millón de dólares.

—¿Este yate vale un millón de dólares?—se atragantó Monty, notando que sus piernas perdían fuerza—. Capitán..., capitán, ¿está seguro de ello? ¿No se equivoca usted? ¿Vale un millón de dólares?

El telegrafista interrumpió su tecleo y, quitándose los auriculares, preguntó al entusiasmado Monty:

—Quieren saber qué carga llevamos, señor.

—¿La carga?—dijo Monty, frunciendo el ceño—. Dígale que está lleno de jamones...

El telegrafista transmitió la respuesta y poco más tarde se quitaba de nuevo los auriculares, sacudiendo apenas la cabeza.

—Lo siento, señor, pero ellos no aceptan a remolcar a menos de trescientos cincuenta mil dólares.

Monty hizo un veloz cálculo mental y contestó con un alarido de alegría:

—Bueno, dígales cuatrocientos mil y trato hecho.

—¿Cuatrocientos mil?—tartamudeó el telegrafista.

—Bien, no discuta con ellos. Nunca discuta por dinero; déjelo por cuatrocientos cincuenta mil...

Y ante el espantado capitán y el aturdido telegrafista, Monty se entregó a una desenfrenada danza de orgullo, incredulidad y alborozo, durante la cual, con el salvavidas puesto sobre la camiseta, unos pantalones que le iban cortos y la gorra del primero de a bordo atravesada en la cabeza, recorrió toda la cabina, chillando como un loco:

—Cuatrocientos cincuenta mil... ¡Hecho, hecho!... ¡Ya lo conseguí!... Lo conseguí, ¿me oyen? Cuatrocientos cincuenta mil dólares por remolcar el yate, trescientos setenta y cinco mil en la revista, ciento cuarenta mil mensuales por el personal de oficinas, son ochocientos... novecientos cuarenta y cinco mil dólares... ¡Lo conseguí, capitán!... ¿Conoce usted a un tal Jones? No, claro que no... ¿Tuvo usted alguna vez un tío que fuese antropólogo? No, no, no, no podía tener un tío... Usted ha estado siempre en el mar... ¡Oh, yo estaba en el mar también!... Sí, durante un mes entero estuve en el mar; no sabía lo que hacía, pero ahora tengo mis pies en tierra... No me importa lo que usted ve por aquella ventana... Es tierra, sí, ¡lo he conseguido!... Espere un momento, capitán. Capitán, usted tiene

derecho a una bonificación... ¡Claro, un premio por haber dado con aquella mina!... Eso es: usted recibirá veinticuatro mil dólares, setecientos sesenta y ocho dólares con sesenta y dos centavos... Navegando, navegando por el camino de la liberalidad... Si el señor Jones pregunta por mí, dígame que he ido por allí.

Acabado este extenso monólogo, Monty pasó al puente de mando escoltado por el espantado capitán, que ya le consideraba loco de remate. Nopper y Hacky, que iban en busca de su amigo, le encontraron sumido en un éxtasis del que tuvieron que sacarle gritando con fuerza.

—Nopper... ¡Nopper, ya lo conseguí! Sí, lo he conseguido.

—¿Qué has conseguido?—preguntó Nopper.

—¡Yo aumenté la «pasta»!

Nopper no entendía, lo mismo que Hacky, una palabra de aquel galimatías. Dejó por inútil a Monty y consultó con una mirada al capitán.

—Cuatrocientos cincuenta mil dólares—respondió éste.

—¡Cuatrocientos cincuenta mil!—susurró Nopper, a punto de desmayarse.

Hacky se acercó a Monty con el puño enarbolado y exclamó:

—¡Debió haberte roto la cabeza!

—¿Comprendes lo que has hecho?—tronó Nopper.

—Sí, sé lo que he hecho—respondió extático Monty—. Y ellos decían que yo no podía hacerlo, pero lo hice.

—Has tirado casi un millón—rugió Nopper—. Para cuando pagues ese remolque, tendrás solamente unos cuarenta y siete mil dólares en el banco.

Estas palabras cubrieron de mortal palidez el rostro de Monty.

—¿Tendré solamente cuarenta y siete mil?—repitió.

—Sí—contestó Nopper con amargura.

Monty posó con alacridad su mano en el hombro del primero de abordo, diciendo solemnemente:

—Capitán, su bonificación ha cambiado y será de cuarenta y siete mil.

—Yo no puedo aceptar bonificaciones—rehusó el capitán—. Es contrario a la Ley.

—¿Usted no puede aceptar dinero alguno?—dijo Monty, en-

cogiéndose de hombros y pensando en el remolque. Entró en la cabina del telegrafista a quien mandó—: Comuniqué con aquel barco de carga, póngase en contacto con él en seguida... Tengo muchos negocios que hacer en Nueva York, señor telegrafista.

Nopper dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y con tres palabras creyó resumir la historia de aquel millón tan prontamente liquidado:

—¡El pobre tonto!

DOS CENTAVOS

La señora Gray acudió a abrir la puerta. Cruzaron el umbral Monty y Jackson, llevando grandes paquetes bajo el brazo. Monty besó a la señora Gray, que dedicó un afable saludo a las ovejas descarriadas.

—Lo siento, Monty. Peggy acaba de salir a hacer unas compras—dijo.

—Bien, supongo que lo mismo da. Espero que ella le habrá hablado de nosotros.

—Sí—respondió la señora Gray sin asomo de rencor—. Por cierto, hoy es tu cumpleaños. ¡Te felicito!

Monty respondió a su beso y depositó los paquetes que llevaba sobre una mesa del vestíbulo, exclamando:

—Gracias, madre. No podría escoger un día mejor para hacerlo.

—Hemos estado más ocupados que una legión de empapeladores con un solo brazo—dijo Jackson, librándose de su carga y contestando a una mirada de curiosidad de la señora Gray.

—¿Qué es esto?—preguntó ella—. ¿Coleccionas papeles?

—No, son recibos. Recibos preciosos y maravillosos—aclaró

Monty, frotándose las manos—. Recibos por un millón de dólares desaparecido.

—¿Dónde está tu equipaje?—indagó la señora Gray, mirando hacia la puerta.

Monty se tocó las solapas de la americana y dijo:

—Yo estoy metido en el centro de mi armario ropero... Madero, tengo que ver a un hombre que se llama Jones aquí a las doce. Un asunto de negocios que tuvo con él termina este mediodía y luego podré justificarme ante Peggy y ante todo el mundo.

Estas palabras dispararon cierta intranquilidad sentida por la señora Gray.

—Te prepararé una taza de café—ofreció, sonriendo.

Monty anduvo por el vestíbulo e instintivamente miró a su muñeca. Era verdad; no tenía reloj. Consultó por tanto el colocado en el revellín de la chimenea. Faltaban aún diez minutos para las doce.

—¡Jackson!

—Diga, señor.

—Venga acá un momento. Usted siempre ha admirado estos gemelos de diamantes—insinuó Monty, quitándose las joyas de los puños de la camisa y ofreciéndoselos.

—Siempre dije que eran los gemelos más dignos de empeño que había visto en mi vida.

—Quiero también que se quede con estas ligas montadas en oro. Tome usted y no vaya a empeñarlas.

Jackson los aceptó con un movimiento dubitativo de cabeza. Luego, metió la mano en el bolsillo de su elegante chaqueta y sacó un talonario, murmurando para sí:

—Esto puede parecer un poco personal, pero no podría evitarlo—y agregó en voz alta—. Sabiendo hoy que está sin un céntimo...

—Jackson, es cierto—contestó Monty—. Sin un céntimo. No tengo ni un clavo.

—Yo siempre he tenido confianza en usted, señor Browster, y me he valido de ello. Yo aposté por su caballo y le imité en todo lo que usted apostaba y compraba y ahora tengo seis mil dólares en el banco.

—Muy bien, Jackson, muy bien—le felicitó Monty.

—Yo quiero que usted los acepte—concluyó el negro, extendiendo un cheque.

Monty se negó en absoluto a recibirlo, pero Jackson insistió:

—Señor Brewster, por favor... Oiga, después de estar tanto a su lado, he adquirido sus costumbres. Voy a tirar este dinero en un mes...

Esta decisión correspondió al acto de Monty de meterle el cheque en el bolsillo.

—No, Jackson, no lo haga—le aconsejó el joven—. Guárdelo. No lo gaste... Póngalo a buen recaudo y no se acuerde de él.

—Esto es contrario a mis nuevos principios, pero lo haré, señor—aceptó el criado.

Monty iba hacia el comedor cuando tropezó con Peggy, que regresaba llevando unos paquetes. La joven lanzó una exclamación de sorpresa y se olvidó totalmente de su enfado con Monty ante el hecho de encontrarle en su casa.

—Creí que no nos hablábamos.

—Sólo porque no nos hablemos, no hay motivo para que no te desee un feliz cumpleaños.

—Peggy... Peggy—suplicó Monty, lanzando una ojeada al reloj—, si me das cinco minutos de tiempo, yo seré...

Sonó el timbre de la entrada. Era Jones, exclamó Monty. Pero se equivocaba, pues se presentó Hacky con aire de prisa y le dijo sin perder un segundo:

—Llevo a aquel abogado en el coche. Firma esto. Es la orden de pago del dinero del salvamento —y mientras Monty firmaba, rezongó—: Es una gran cosa que yo esté acostumbrado a obedecer órdenes, o si no no haría esto. Toma, tu copia.

—El último recibo—suspiró Monty, yendo hacia la salita para depositarlo en la pila de facturas.

Hacky se encontró al salir con Bárbara y Nopper que llegaban juntos y les informó de que Monty estaba en la salita. Los dos jóvenes desearon muchas felicidades al exmillonario y hasta Peggy pareció no sentir ninguna animosidad contra Bárbara cuando ésta dijo:

—Acabamos de ver a mi papá.

—El coronel Drew dice que te dará un empleo en el banco si lo quieres—le anunció Nopper.

—¡Nada de eso, nada de eso!—protestó Monty—. Cualquier cosa menos eso. Tengo que estar alejado del dinero por un tiempo. Cada vez que veo un billete, me entra pánico.

Mientras le pedían una aclaración sobre estas palabras, el abogado Grant era recibido por Hacky, que, después de hacerse cargo de su sombrero, le condujo a la sala de estar.

—Hola, Brewster—saludó el abogado—. ¿No ha venido todavía Jones?

—No, no ha venido; todavía no. Pero le quedan todavía cuatro minutos—respondió Monty—. Deseo que no le haya ocurrido nada.

A continuación hizo las presentaciones. Grant era el blanco de todos los ojos. El abogado distinguió el montón de recibos, libros y facturas y preguntó:

—¿Sus libros están preparados para la inspección?

—Aquí los tiene. Libros, documentos, recibos, todo guardado con el mayor cuidado. No tengo ni un centavo en el momento; sólo la ropa que llevo puesta. Vamos, échelos un vistazo.

La sorpresa de todos aumentó de grado. Nopper se colocó delante del abogado y le preguntó:

—¿Tiene inconveniente en decirme qué es todo esto?

—¿No lo sabe? —dijo el abogado, lanzándole una aguda mirada.

—No, no lo sé.

—Pues lo sabrá dentro de unos minutos.

Trixie y Micki se presentaron como una tromba. Hacky y los recién llegados cambiaron una señal de complicidad, que llamó la atención de los presentes. Hacky avanzó hacia Monty con una amplia sonrisa en el rostro.

—Tenemos una sorpresa para ti. Nopper hizo una subasta sobre los muebles de la oficina y yo vendí la flota de taxis por siete mil dólares. Aquí está el dinero y el comprobante.

Puso en la mano de Monty un fajo de billetes y lo mismo hizo Nopper, con las siguientes palabras:

—Aquí tienes once mil por la subasta de los muebles y espero que lo hallarás todo bien.

—Son dieciocho mil dólares—rugió Monty, desesperado—. ¡No sabéis lo que habéis hecho! Tres minutos... Tengo que gastar seis mil dólares por minuto.

Trixie echó su granito de arena en el desbaratamiento de su victoria, pues anunció:

—Micki me ha hecho vender el abrigo de chinchilla y el anillo de diamantes y aquí tiene usted el dinero.

—¡Oh, no! No lo tomo. Es de usted.

Micki, con ademán teatral, apartó a Trixie de su paso y declaró:

—Perdona, pero no puedo consentir que mi esposa acepte dinero de un hombre extraño.

Monty contaba los billetes: Cuarenta mil dólares. Se paseaba con ellos como un león enjaulado por la habitación. Sus amigos no llegaban a comprender, como es natural, su enfado.

—Estás cargado de dinero y estás refunfuñando—gritó Hacky—. ¿Qué clase de hombre eras?

Precisamente la clase de hombre que Monty quería evitar que encontrase Jones a su llegada. Pero Jones llegó cuando aun estaba barajando los billetes. Estaban a punto de dar las doce. Después de los saludos, Jones preguntó al abogado:

—Bien, Grant, ¿está todo en orden?

—Me parece que hay un pequeño saldo de cuarenta mil dólares todavía.

La cabeza de Monty se desplomó sobre su pecho. Jones se acercó a él y le dijo suave, pero firmemente:

—Lo siento, hijo; pero como albacea de la herencia, no puedo entregarle la fortuna...

—¡Albacea!—chilló Monty—. Un momento. El albacea de la herencia. ¿No tiene usted derecho a honorarios?

—Sí; pero, naturalmente, rehusó a ese derecho.

—¡No! ¡De ningún modo!—gritó Monty—. ¿Cuánto le debo?

—El medio por ciento del total de la herencia—accedió Jones.

—El medio por ciento de ocho millones...—calculó Monty.

—Cuarenta mil dólares—contestó Grant.

—¡Cuarenta mil dólares!—exclamó Monty, viéndose a salvo—. Tenga usted.

¡La herencia era suya! Pero Nopper, con su afán de exactitud

privativo, arrebató el dinero, mejor dicho, parte de él a Jones, dando la siguiente explicación:

—Un momento. Lo he contado y hay doce dólares de más. Si es que eres tan idiota, sé al menos un idiota con doce dólares.

El reloj empezó a dar las doce.

El mundo se desplomaba sobre Monty, todo por doce dólares.

—Nopper... Nopper—gimió—, en Cheburgo, ¿no me prestaste algún dinero?

—¡Oh, vamos a olvidarlo, Monty!

Dos campanadas.

—No, yo no puedo olvidarlo.

—En esta situación, yo no acepto dinero tuyo.

—O aceptas este dinero mío, o, de lo contrario, te lo hago tragar.

Tres campanadas de las doce.

—Espera un momento—le avisó Nopper—. Sólo fueron diez dólares. Toma la vuelta.

Cuatro campanadas.

—¡Hacky, Hacky! Aquella juerguecita en Londres.

—Sí—se acordó Hacky con una sonrisa.

—¡Aquella camarera de bar tan bonita!

—Sí.

—La última noche antes de partir...

—Sí, ya recuerdo...

—Tú pagaste la bebida.

—¡No, no!

Viendo que Hacky se negaba a aceptar aquella mentira, Monty voló hacia Micki, contando las campanadas: habían dado seis. ¡Perder siete millones por dos miserables dólares!.. ¡Aquello era una pesadilla!

—¡Micki! ¿No le debo nada a usted?

Micki negó con la cabeza. Ocho campanadas. Monty, con los dos dólares estrujados entre los dedos, se volvió hacia todos y aulló:

—¿No le debo nada a nadie?

Silencio. Nueve campanadas. Monty corrió hacia la puerta. Había creído oír pasos en ella. En efecto, apareció un chofer, que dijo malhumorado:

—El contador dice que usted me debe un dólar y medio y yo no puedo esperar más de quince minutos.

Once campanadas. Monty se sintió poseído de una energía frenética.

—¡Un dólar y medio! —repitió casi besando al chofer—. Vendido al hombre de la gorra amarilla... Yo le debo a usted, muchacho.

Completábanse las doce campanadas, cuando los dos dólares pasaban de las manos de Monty a las del chofer.

¡Había triunfado!

—¡Señor Jones! —gritó exultante.

Jones se le acercó con la diestra tendida y riéndose a mandíbula batiente.

—Le felicito —aseguró—. Los siete millones son de usted.

Estas palabras fueron seguidas de una pausa. Peggy fué la primera en reaccionar, corriendo hacia Monty, que le pasó el brazo por la cintura. De pronto, todos se pusieron en movimiento, gesticulando y hablando todos a la vez:

—¿Siete millones de dólares? ¡Espera un momento, espera un momento! ¿Qué juego de palabras es éste? Primero creemos que está loco; luego viene esta gente y obran de un modo más loco todavía. ¿Por qué está tan triste cuando alguien viene y le da dinero? —fueron las palabras que se agolparon en los oídos de Monty, Jones y Grant.

Trixie estaba en el paroxismo de la curiosidad y su voz dominó a las demás.

—¿No hay nadie que nos quiera explicar eso antes de que todos perdamos la cabeza?

—¿Queréis saber de qué se trata? —preguntó Monty.

—Sí —respondieron todos.

—Jones, cuénteselo usted. Usted sabe tanto como yo — y agregó —; Estamos citados en la oficina de casamientos.

Jones se vió rodeado por un muro de anhelantes seres humanos. En tanto que comenzaba su relato, Monty y Peggy se dirigieron hacia la entrada de la casa. Sonó el timbre en ella. Monty abrió la puerta y la pareja se encontró ante un corredor que, enseñándoles un enchufe, dijo a Peggy:

—¿Usted es la señora de la casa?... ¿Le interesa este pe-

queño artículo de cocina por sesenta y nueve centavos? Junto con él le daremos...

Monty, habiendo estudiado el enchufe, fué presa de una cólera atroz y gritó:

—¿Sesenta y nueve centavos por ese hierro viejo? Tiene usted muy poca vergüenza en cobrar sesenta y nueve centavos por eso. Se puede hallar en cualquier ferretería de la ciudad por sesenta y siete centavos y aun así es dos centavos más caro que el precio de tasa. Debería denunciarle a la Oficina Fijadora de Precios. Eso es lo que pasa con la gente hoy día: ninguna consideración por el dinero y unos individuos como usted tratan de sacárselo a los tontos. ¿Cree usted que el dinero crece en los árboles o algo por el estilo? ¿No sabe usted lo que representan dos centavos?

Y, cerrando la puerta tras sí y arrastrando a Peggy con él, salió de la casa y acosó al desgraciado corredor hasta que se perdió de vista.

Era indiscutible; la lección enseñada por el tío al sobrino, a través del testamento, había dado buenos frutos.

F I N

Colección TAN... TAN... 1'50 ptas.

- Núm. 1.—Era una gallina tan buena, tan buena, que ponía los huevos con jamón.
- Núm. 2.—Era un cazador tan humanitario, tan humanitario, que sólo disparaba a los animales balas de algodón.
- Núm. 3.—Era una ama de casa tan aficionada a las gangas, tan aficionada a las gangas, que fué a comprar un nene y le dieron cuatro.
- Núm. 4.—Dedicado exclusivamente a los concursantes.

Todas las grandes
creaciones de
JORGE NEGRETE
en
CANCIONERO
de



JORGE NEGRETE

1'50 ptas.

El peñón de las ánimas - Cuando quiere un mejicano
Así se quiere en Jalisco - El rebelde - ¡Ay, Jalisco, no
te rajes! y los grandes éxitos Los tres caballeros y Los
últimos de Filipinas, etc.

JORGE NEGRETE y AMANDA LEDESMA

Diego Banderas - México de mis amores - Así se quiere
en Jalisco - La madrina del diablo
y todos los éxitos del momento

JORGE NEGRETE y sus nuevos éxitos

Me he de comer esa tuna - Una carta de amor - Perjura, etc.

JORGE NEGRETE

Canciones mexicanas

Una peseta

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 3'50 ptas.

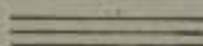
Cuando quiere un mejicano - Así se quiere en Jalisco
Diego Banderas - Perjura - La madrina del diablo
Seda, sangre y sol - Una carta de amor - ¡Ay, Jalisco,
no te rajes!

Los más célebres artistas

Las grandes producciones

La mejor literatura

siempre en



BIBLIOTECA CINE NACIONAL

2 ptas.

La última falla Miguel Ligeró
La reina mora María Arias
El condeito madrileño P. G. Velázquez
María de la O Carmen Amaya
(No quiero) (No quiero) José Baviera
Eran tres hermanas Luisita Gergallo
Bohemios Emilia Aliaga
Don Floripondio Valeriano León
Los hijos de la noche Miguel Ligeró

Martingala Niño Marchena
Báptoma usted Celina Gámez
Usted tiene ojos de mu-
jer fatal R. de Sentmenat
Tierra y cielo Maruchí Fresno
Jai-Alai Inés de Val
¿Quién me compra un
un lío? Maruja Tomás
Alas de paz Lois de Valois

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Carmen, la de Triana I. Argentina
El sobre lacrado L. Gergallo
La Dularosa Ruita Díaz
La Millona R. de Sentmenat
Sueños de España Miguel Ligeró
Gloria del Monarca (Los
de Aragón) M. de Diego
El octavo mandamiento Lina Yegros
Bamba al Cairo Miguel Ligeró
El difunto es un vivo Antonio Vico
Molinos de viento Pedro Terce
La alegría de la huerta Flora Santacruz
El barbero de Sevilla Miguel Ligeró
Melodía de arrabal I. Argentina
C. Gentel

Sol de Valencia Maruja Gómez
Misterio en la Marisma Tony D'Algy
Bocas de uña M. F. L. Cuevas
La patria chica Estrellita Castro
La chica del gato Josita Hernán
Un auredo de familia Mercedes Vecino
La culpa del otro Luis Prendes
Fin de curso Luchy Soto
Mi amigo y yo Josita Hernán
Y tú... ¿quién eres? José Nieto
Una mujer en un taxi Silvia Morgan
Una herencia en París Tony D'Algy
Empezó en boda Sara Montiel

SELECCIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón Miguel Ligeró
La Pareda Maruja Tomás
Verboena Maruja Tomás
Rosa de África Rafael Medina
Noche de engaño Amadeo Nazari

Cautivo del desierto Leslie Howard
Flor de espino Gracia de Triana
Tú, Nigarás Roberto Rey
Buenas noches M. Luisa Cerone
Oleño Roberto Rey

Pedidos a EDITORIAL «ALAS», - Apertado 707. - BARCELONA

CANCIONERO

de  Editorial **ALAS**

1' - peseta

PEPE BLANCO
ANTONIO AMAYA
ANTONIO MACHIN
MANOLO CARACOL
JUANITO VALDERRAMA
BONET DE SAN PEDRO
NIÑA DE LA PUEBLA
CONCHITA PIQUER
RAQUEL RODRIGO
CARMEN MORELL

NEGRETE
JUANITA REINA
MANOLO SEVILLA
EL PRINCIPE GITANO
MIGUEL DE LOS REYES
TOMAS DE ANTEQUERA
IMPERIO ARGENTINA
GRACIA DE TRIANA
PEPE MARCHENA
LOLA FLORES

CANCIONERO EXTRAORDINARIO

1'50 ptas.

ANTONIO MACHIN
BONET DE SAN PEDRO
LOS CLIPPER'S

RAUL ABRIL
CANCIONERO ESTELAR
PEPE DENIS

COLECCION NEGRETE

1'50 ptas.

CREACIONES DE JORGE NEGRETE
JORGE NEGRETE Y AMANDA LEDESMA
JORGE NEGRETE, SUS NUEVOS EXITOS
JORGE NEGRETE - IRMA VILA - TITO GUIZAR

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona

3'50 ptas.